

Ilustracion Artística

Año XVI

BARCELONA 6 DE SEPTIEMBRE DE 1897

NÚM. 819

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ÚLTIMO RECURSO, cuadro de J. Jendrassik



Texto. — *La vida contemporánea. El silencio*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *José de San Martín, general argentino*, por la baronesa de Wilson. — *Mi cuarto á espadas*, por A. Sánchez Pérez. — *¡Si se volviera á nacer!*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Al Polo Norte en globo. Expedición André*, por E. de Parville. — *Fotografía de iluminaciones y relámpagos.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *El último recurso*, cuadro de J. Jendrassik. — *José de San Martín, general argentino.* — *Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals*, retrato pintado por José M.^a Marqués. — *Guerra de Filipinas. Cavite. Puente sobre el río Naig ó Naic.* — *Vista interior de una trinchera de los insurrectos.* — *Estudio*, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre. — *Guerra de Cuba.* — *Un patio de Candelaria (Pinar del Río).* — *Bohíos de campesinos reconcentrados.* — *El duelo*, cuadro de Ilja Repine. — *Después de la primera comunión*, cuadro de Arnaldo Ferraguti. — *D. Juan Idiarte Borda*, infortunado presidente de la República del Uruguay. — *El rey de Siam Chulalongkorn y sus hijos menores.* — Figs. 1, 2 y 3. *Expedición al Polo Norte en globo.* — Reproducción fotográfica de iluminaciones y relámpagos observados en Enghien-les-Bains, cerca de París. — Galería Nacional de Arte Británico.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL SILENCIO

La resolución que adoptó el Gobierno de impedir que la prensa llene sus columnas con detalles de los últimos momentos y suplicio del criminal reo del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido juzgada diversamente, como fué, es y ha de ser diversamente juzgado cuanto se haga en el mundo; porque ni cuando el Redentor descendió á él agradó á todos, muy lejos de eso, y baste tal ejemplo para consolarnos de no ser nunca doblón de á ocho.

Claro es que la prensa siente á par del alma no explotar y agotar un asunto *sensacional ó emocionante*, porque con los de esta índole teje la tela efímera de la actualidad; y el no poder enviar á las cajas los telegramas y los relatos de los corresponsales produce cierto mal humor que se revela en protestas más ó menos disimuladas contra la medida. No obstante, los que conocen la imaginación del hombre — no siempre ha de ser el corazón — se han puesto de parte del Gobierno, aprobando el sistema de silencio absoluto que cae como mortaja de nieve sobre el individuo sentenciado á desaparecer de la sociedad, porque la hirió alevemente en las entrañas.

Puédense calcular las distancias interplanetarias, el peso y volumen del sol, la marcha de los astros por el espacio infinito; no se puede calcular jamás adónde llega la vanidad humana, ni qué carga de trabajos y sufrimientos es capaz de arrostrar un mortal, no ya por la gloria, por la fama solamente, sea mala ó buena. Elevaron los jonios, en la poderosa ciudad de Éfeso, un templo que se contó entre las maravillas del mundo. Era su anchura de unos setenta metros, y lo soportaban ciento veintisiete pilares, de veinte metros de alto, en cuyos capiteles y ornato habían trabajado los más hábiles escultores griegos. Se invirtieron más de dos siglos en erigir tan admirable fábrica, que consagrada á Diana y enriquecida con oro, plata y marfil, fué orgullo de los efesios y asombro de los que acudían en peregrinación desde lueñas tierras á visitarla y á ofrecer sacrificios á la diosa. Una noche tuvo la deidad que abandonar su santuario; la llamaba fuera un deber imperioso: asistir al feliz alumbramiento de Olimpas, que en aquel instante daba á luz á Alejandro, el que había de ser Magno andando los tiempos. Aprovechando la corta ausencia de la blanca Diana, un malvado penetró en el templo recatando tras el manto una tea, y cuando todo dormía en Éfeso, la roja luz de las llamas anunció que se reducía á pavesas la maravilla del orbe. Fué preso el incendiario y le aplicaron la tortura, á fin de que revelase quiénes eran los enemigos de la ciudad que le habían inducido á destruir su mejor prenda, su más preciada joya; pero él, negando que tuviese cómplice alguno, declaró que sólo le guiaba el deseo de perpetuar su nombre y que pasase á las generaciones futuras, ya que no con la dorada aureola del genio, con la rizada del crimen. Y entonces los magistrados, hiriéndole por donde pecaba, prohibieron bajo severísimas penas pronunciar ni escribir el nombre del que había quemado el templo. La prohibición fué desatada, y bastantes historiadores consignaron el nombre odioso y abominable que, en efecto, ha llegado hasta nosotros grabado en letras

de fuego. Yo censuro á los que no obedecieron la ley de aquellos justos jueces, y me complazco en cumplirla á los veintidós siglos y medio de promulgada; por mí no sabrás, ¡oh lector!, cómo se llamaba el que abrasó el monumento á fin de inmortalizarse. Caiga la obscuridad sobre quien buscó la publicidad á cualquier precio, y olvídesele como se olvida la piedra en que tropezamos y que después no distinguimos de las otras, aunque haya estado á pique de costarnos la vida.

Lo que prueba esta historia de la quemazón del templo, es que en psicología sociológica no hay progreso alguno. Los móviles de vanidad monstruosa que guiaban á un efesio contemporáneo de Filipo y anterior trescientos y pico de años al advenimiento de Cristo, son los que hoy determinan quizás ciertos actos horribles que nos estremecen como una pesadilla; y los métodos de represión y castigo empleados por la autoridad constituida á fines del siglo XIX no se diferencian de los que ponían en práctica los representantes de la confederación jónica en los primeros días de la existencia de Alejandro Magno. Tampoco han aprendido los escritores ni pizca, puesto que hay en ellos el mismo prurito de hablar y repetir nombres vedados, reprobados y reprochables, que demostraron Teopompo y otros autores contemporáneos del incendiario de Éfeso.

Posee la palabra, hablada ó escrita, tal fuerza de expansión y tal dinamismo, que se diría que en ella reside la raíz misteriosa de la acción y la esencia de la voluntad. Si las cosas no se hablasen ni se escribiesen, acaso nunca llegarían á ejecutarse. Quitad la efervescencia de la propaganda, quitad la agitación del aire, y no se producirá la crisis activa. Sin el verbo, nunca serán hechas las cosas. Todo principio político ó social, antes de armar los brazos, pone en ejercicio las lenguas y las plumas, y crea una literatura propia — oral ó escrita: — discursos, arengas — esas prolijas declaraciones á que los criminales políticos demuestran tanta inclinación, — artículos, versos, dramas, tratados, biografías y hasta jaculatorias: de éstas compusieron los nihilistas rusos algunas muy notables. Hay revoluciones que nos han legado, en primer término, no hechos, sino frases sentenciosas, lapidarias y á veces magníficas por su concisión. Todo este caudal literario es el campo de cultivo de los gérmenes que van después á propagar la epidemia.

Así la llaman los tratadistas: hoy es un concepto generalizado el ver en los motines y asonadas, y aun en los atentados que se cometen aisladamente, casos de una enfermedad del alma, que se pega. Lombroso, en su libro *El crimen político y las revoluciones*, donde hay, como en otras obras del mismo autor, observaciones luminosas mezcladas con peregrinos errores y con datos mal depurados y generalmente inexactos, estudia este fenómeno de la *impulsión epidémica*, y describe gráficamente á las muchedumbres excitables, de ardiente imaginación, ricas en fe, en ignorancia y en heroísmo, y predisuestas á la embriaguez moral, acrecentada por los gritos recíprocos, el contacto, el valor que infunde el estar juntos, y que llega al extremo de suprimir el sentimiento de la conciencia individual, y arrastra á cometer acciones que uno solo ni se atrevería á realizar, ni siquiera le pasaría por las mentes que pudiesen llevarse á cabo. Como consecuencia de estos fenómenos, resurge el instinto sanguinario, la inclinación natural al homicidio, que largos años de normalidad y múltiples elementos de cultura moral habían adormecido y apaciguado; entonces la crueldad, la ferocidad, el ansia de destruir ciegamente y de hacer daño por gusto de hacerle, aunque ningún provecho reporte, ni alivie la situación de nadie, ni gane nada la misma causa de los malhechores, aparecen cual escorpiones irritados, ansiosos de morder y matar. Mas lo que Lombroso no dice explícitamente es que un individuo puede ser atacado de esa enfermedad epidémica sin necesidad del contacto inmediato de la multitud. No es necesario que le rodeen los cuerpos de los demás enfermos: basta con sus espíritus: basta el contagio transmitido á distancia, con sutiles efluvios, por la palabra hablada ó escrita. Aquel *tolle, lege*, que una voz hizo resonar en los oídos de San Agustín cuando lloraba bajo la higuera, y que para su bien escuchó; aquella excitación á leer, á asimilarse la substancia del verbo, óyenla por su mal y su perdición los que no habían nacido para comprender, sino para vivir en su esfera humilde, mil veces más venturosos. No se ha estudiado el problema de si la lectura y la instrucción convienen indistintamente á todos los hombres. Difícil sería que el Estado, y hasta que los mismos profesores, dedicados á la enseñanza, señalasen con acierto los individuos aptos para aprender, á quienes el estudio aprovecha, mejora y moraliza realmente; pero es indudable que no son todos; es indudable que hay cabezas mal or-

ganizadas, que no resisten el embate de las ideas adquiridas por la lectura. Así como vemos mucha gente con pulmones, piernas y brazos endeble, conocemos infinitos cerebros de escaso vigor, entendimientos flacos, jorobados y tuertos, meollos sin consistencia; y si á veces pecan por perezosos, lentos, cerrados y duros, donde cae la instrucción como en las peñas la simiente, otros adolecen de combustibles, ilusos y fáciles á la sugestión, incapaces de análisis y crítica; y para éstos, determinadas teorías son como ciertos grabados y ciertas noveluchas eróticas para los adolescentes. Entre estos hombres agusanados por los libros, víctimas de una obsesión ó idea fija que se hinca en su inteligencia y la desorganiza hasta llevarla á los linderos de la locura, se reclutan los regicidas, los dinamiteros, los asesinos fríos y los suicidas indirectos, los incendiarios, los que cometiendo un italianismo se suelen conocer ya por el calificativo de *matoides* que les da Lombroso.

Los únicos fanáticos políticos que he visto de cerca eran nihilistas. A pesar de la aureola que presta la persecución, á pesar de que la convicción suele ser comunicativa para las personas de mi sexo, siempre noté que entre aquellos sectarios y mi inteligencia se alzaba una pared — no puedo expresar sino así lo que sentía. — Los que á la novela hemos consagrado buena parte de nuestra actividad literaria, hacemos profesión de comprenderlo todo, de encontrar en los más singulares casos algo que explique, si no justifique, los desvaríos del pensamiento y las aberraciones de la sensibilidad. No obstante, me costaba gran trabajo reunir la necesaria cantidad de simpatía y de tolerancia cuando, al correr de las pláticas, notaba de pronto que aquellos cerebros no funcionaban normalmente; que, semejantes á D. Quijote, cuerdos siempre que de otras cuestiones se tratase, aparecía en el nihilista de acción, al tocarse el punto del tiranicidio — llamémosle así, — esa zona de sombra del alma donde agitan las Furias su cabellera de sierpes. Y sin embargo, ¿cómo comparar á los nihilistas, procedentes de una nación donde por fin el régimen existente puede llamarse despotismo, de una nación donde se aplicaban castigos y penas que aquí desconocemos por fortuna, con los criminales políticos que surgen en países tan libres y tan sometidos á la normalidad legal como Francia, Italia y España?

Dejemos caer sobre esta nueva úlcera social, más extensa de lo que tal vez supongan los espíritus optimistas, el bálsamo bienhechor y calmante del silencio. No ayudemos á que se difunda la infección, no seamos vehículo del contagio, al menos en estos artículos ligeros, que ni aun tendrían la excusa de querer mover el ánimo á serias consideraciones. Quizás la enfermedad, declarada á mediados del viejo siglo, decrezca en los primeros años del que ya asoma en el horizonte. Las sectas son como meteoros: no tienen la duración y consistencia de las opiniones templadas que en la razón se fundan. Los trastornos son fugaces, la evolución lenta, firme y perseverante. Esperemos callando.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Algunos me censuran porque hago poco ejercicio. Debo decir, contestando á estas censuras, que sólo puedo pensar cuando estoy sentado ó echado, y que si mientras ando se me ocurre una idea, tengo que pararme para seguir meditando sobre ella y desarrollarla y perfeccionarla. El andar impide la concentración; mientras se anda, las ideas también se mueven y aun se precipitan unas contra otras. En cuanto al ejercicio higiénico sin pensar, quédese enhorabuena para los paseantes.

La multitud en sus accesos de cólera es tan terrible, tan indomable, tan destructora, tan inconsciente y tan irresponsable como los elementos de la naturaleza.

Cada idioma es en su espíritu la verdadera característica de la nación.

A los compositores actualmente ignorados debe consolarles la esperanza de que algún día se pongan de moda las excavaciones en el terreno musical.

El arte es una Eva que ofrece la manzana al joven artista; el que la come pierde el paraíso de su tranquilidad de espíritu, y la culpa de ello la tiene esa seductora serpiente que se llama éxito.

Los seres débiles necesitan un amparo, un punto de apoyo; por esto el hombre y sobre todo la mujer han de tener una religión.

Los monarcas nunca consideran al pueblo bastante *maduro* para la libertad.

ANTONIO RUBINSTEIN



JOSÉ DE SAN MARTÍN

GENERAL ARGENTINO

Es en la historia americana uno de los hombres más excelsos, y cuyo prestigio ganado en múltiples batallas no dejó como recuerdo nada sangriento, ni esa estela de dolores compañera inseparable casi siempre de los guerreros.

Hoy la figura de San Martín brilla en toda su pureza y majestad. Dos naciones pueden disputarse la gloria de ser su patria, pues que nació en Yapeyú, situado en la frontera uruguaya, provincia de Entre Ríos, y que al presente pertenece a la República Argentina.

Siendo hijo de padres españoles, fué enviado a la península muy niño, y apenas contaba quince años cuando ya era oficial y se batía denodadamente a las órdenes del inmortal Castaños, y más tarde, como ayudante del sin ventura general Solano, a quien las iras populares hicieron víctima en un sangriento motín del año memorable de 1808, dió muestras de heroico valor defendiendo la entrada del palacio donde estaba de guardia y que habitaba su jefe.

Poco después y en aquella jornada gloriosa de Bailén desplegó San Martín sus grandes aptitudes militares y llegó por sus méritos hasta teniente coronel. El grito de libertad lanzado en las orillas del anchuroso Plata despertó en el noble uruguayo todas sus energías a la vez que sus elevados impulsos patrióticos, y sin vacilar pasó a Inglaterra, donde se embarcó para Buenos Aires.

Señalaremos los triunfos del corazón antes que las victorias del patriota.

La gallarda figura de San Martín, sus cualidades morales y sus servicios consagrados a la patria le conquistaron el amor de una argentina hermosísima, que fué tras breve plazo su esposa, y la afección más íntima, igual al acendrado sentimiento que su país le inspiraba.

Un retrato de aquella época nos presenta a San Martín en toda su varonil belleza: en los ojos negros y penetrantes revelábase el carácter serio y la austeridad del hombre a quien le estaba reservada tan alta celebridad; tenía el color moreno pálido, la nariz aguileña, la boca de un corte perfecto; el andar airoso, la estatura más que mediana. En su trato era franco y sus costumbres sencillas por demás, hasta el punto de que nunca, ni aun después de sus más culminantes triunfos, se pagó del fausto ni de la lisonja, no admitiendo ni los homenajes ni las ovaciones que a su gloria militar se le consagraban.

No sabríamos qué ensalzar más en el vencedor de Chacabuco, en el jefe supremo de Chile, si la honradez y desinterés sin límites, o la modestia que sobresalía en todos los actos del valeroso general. A un arrojo a toda prueba adunábase en él la sagacidad del hombre de Estado, y bien puede decirse que en aquella época extraordinaria hubo dos glorias en América que brillaron con sin igual esplendor: cada una tiene su elevadísimo puesto en las páginas de la Historia; cada una merece veneración y aplauso universal; cada una es de talla gigantesca: la de Bolívar y la de San Martín.

Ambas glorias fueron base de la emancipación americana; ambas ostentan los laureles que se otorgan a las abnegaciones heroicas.

Al general San Martín le debió Chile la organización del ejército, en la que descollaban los famosísimos «Granaderos de los Andes»; él creó las Escuelas militares, y aquel genio especialísimo para la guerra y para la política planteó todas las ideas científicas y prácticas que había adquirido desde muy joven en Europa.

Era el bizarro argentino sobrio en sus discursos y proclamas, pero cada palabra suya tenía admirable precisión y el privilegio de levantar el decaído espíritu del soldado.

Nada más gráfico que aquella tan celebrada entrevista que tuvo lugar en Guayaquil entre el general San Martín y Simón Bolívar, la cual fué decisiva para los destinos futuros de los países americanos. Resaltaron en aquella conferencia la generosidad, hidalguía y abnegación del general San Martín, así como las nobles ambiciones patrióticas del libertador Bolívar.

Con entusiasmo ardiente exclamó el general argentino:

«Serviré a las órdenes de usted.»

El inmortal caraqueño no podía aceptar la desinteresada oferta, ni mucho menos tener bajo su mando a un hombre de tan elevados méritos y gloriosa nombradía.

No había en San Martín mayor ambición que terminar favorablemente la prolongada lucha, y creyó asegurado el triunfo al contar con el poderoso auxilio de Bolívar.

En las manos del héroe venezolano depositó la salvación del Perú, y decidido a separarse del mando activó su regreso a Lima y la instalación del primer Congreso Constituyente para dimitir el cargo supremo de que estaba investido.

Allí pronunció aquellas célebres palabras históricas:

«Un encadenamiento prodigioso de sucesos ha hecho ya indubitable la suerte futura de América. Mi gloria es colmada.»

No menos digna de elogio fué la contestación del Congreso peruano:

«La primera obligación de un pueblo libre, dijo, es la gratitud y el reconocimiento a los autores de su existencia política y de su felicidad; el soberano Congreso, convencido de que al fuerte brazo de V. E. debe la tierra del Sol este bien incomparable, decreta una acción de gracias a V. E.»

Nombró el Congreso al protector San Martín generalísimo de las armas de mar y tierra, título que aquél no aceptó más que como cariñoso recuerdo, resuelto a retirarse de la escena política.

En la carta de despedida que dirigió a Simón Bolívar hay frases dignas de un caudillo de la antigüedad. Reproduciremos algunas:

«Lleno de laureles en los campos de batalla, mi corazón jamás ha sido agitado de la dulce emoción que le conmueve en este día venturoso; el placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo lo produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos.»

¡Cuán hermosos resaltan varios pensamientos en su adiós a los peruanos!

«Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la campaña están cumplidas.»

«Siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, y no más.

»En cuanto a mi conducta pública se refiere, los patriotas dirimirán sus opiniones, como sucederá en todo lo demás: a las generaciones venideras queda reservada la misión de pronunciar su verdadero fallo con imparcialidad.

»¡Peruanos! Os dejo establecida la Representación Nacional: si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os devorará. Que el acierto presida vuestros destinos, y que éstos os colmen de paz y ventura.»

Por entonces la salud de San Martín había decaído

en alto grado. Aquel rostro severo y un tanto adusto habíase demacrado, y su mirada profunda y observadora tornábase lánguida y melancólica. El abatimiento físico le hizo permanecer dos meses en la tierra predilecta chilena, aquella tierra donde en tiempos más felices había sido aclamado con delirio, con admiración entusiasta, con locas demostraciones; pero entonces parecióle al triste general que el pueblo chileno le recibía con el frío glacial de la indiferencia.

Aún le estaba reservado otro dolor más intenso. La mujer a quien amaba con todas las potencias de su alma había muerto, y al recibir la noticia sintió San Martín el dolor más acerbo que pudiera desgarrar su corazón.

El consuelo que había soñado para sus decepciones políticas desaparecía para siempre, y sólo podía refugiarse en el cariño de un ángel que esparcía luz y alegría en el solitario hogar del guerrero.

El general San Martín, el hombre que había ejercido poder omnímoto sobre los pueblos, era pobre, y cuando con su hija se trasladó a Europa vivió en Bélgica, careciendo hasta de lo necesario y sacrificando hasta lo preciso para dar cumplida educación a Mercedes San Martín.

¡Curioso contraste! El militar valeroso que toda su vida habíase complacido con el choque de las armas y el fragor de las batallas; el campeón americano que luchando con las tempestades políticas pasara años y años, buscó en los últimos de su vida la soledad del campo, los apacibles rincones de las flores-tas entre París y Fontainebleau y más tarde en Boulogne, donde se deslizó la última época de su existencia.

Comía frugalmente; levantábase muy temprano y él mismo se preparaba su desayuno, te ó café, que tomaba como el *mate* en *poro* y con *bombilla*.

Sus principales aficiones eran los cigarrillos habanos; los picaba con prolijidad y esmero para fumarlos en pipa, de las que poseía gran colección.

Había conservado San Martín su gusto por las armas, las que cuidaba y limpiaba diariamente, así como su afición predilecta era montar a caballo, pidiendo a este ejercicio de toda su vida los bríos y actividades que la edad y los achaques menguaban aceleradamente.

El denodado vencedor en Maipu vivía rodeado por el respeto y la veneración de propios y de extraños.

Nada en su conciencia podía turbar los postreros fulgores de aquella brillante existencia próxima a su fin.

Páginas de recuerdo imperecedero eran sus campañas en tierras argentinas: el famoso paso a través de los Andes gigantesco; las victoriosas jornadas en Chile y el generoso esfuerzo en el Perú, donde había señalado su administración por actos de alta justicia, de liberales trascendencias, de organizadores decretos y de humanitarias iniciativas, como la abolición de los tributos que pesaban sobre los indígenas y la emancipación de los esclavos.

Tales debían ser las amables y gratas memorias que complacido evocaría.

Cítase su testamento como un modelo de precisión y laconismo: una cuartilla de papel encerraba las postreras voluntades del soldado patriota.

En agosto de 1850 dejó de latir para siempre el corazón nobilísimo de San Martín y sus restos permanecieron en tierra extranjera hasta 1880. En tal año fueron trasladados al suelo de la patria, cuando ya ésta, reconocida y orgullosa, había levantado estatuas en honor del benemérito y glorioso argentino.

BARONESA DE WILSON

MI CUARTO A ESPADAS

¿Y por qué no? Esto del teatro es seguramente asunto que interesa á todos — aunque no á todos por igual, — y que importa mucho á quienes por necesidad apremiante ó por invencible afición se dedican á inventar dramas ó comedias ó *juguete*s, ó bien á copiar, más ó menos descaradamente, los *juguete*s, las comedias ó los dramas que otros han inventado.

Digo todo esto para que no se eche á mala parte — á soberbia, pongo por caso, — mi atrevimiento, si me permito, con todas las salvedades que sean necesarias y aun algunas más de las necesarias, decir algo y quizás algo del libro titulado *EL AÑO TEATRAL*, crónicas y documentos por *Salvador Canals*, con un artículo preliminar sobre *El Público* por *Jacinto Octavio Picón*, con dibujos de Pellicer Monseny, J. B. Nisarre, Federico y Cilla, y fotografías de Company, Debas, Napoleón, viuda de Amayra, Alviach, Otero, de Madrid; Reuthinger, de París; Audouard y Esplugas, de Barcelona; García, de Valencia, etc. Libro publicado hace ya mucho tiempo, y del cual, aunque se dijo bastante pocos días después de publicado, sospecho que ha de decirse mucho todavía.

Los nombres de *Salvador Canals* y de *Jacinto Octavio Picón*, así como los de todos esos artistas famosos que han cooperado al ornato del libro, dicen más en alabanza de *El Año Teatral* que cuanto yo podría exponer para colmarlo de elogios; renuncio, pues, á esa tarea, cómoda y grata para mí, pero en este caso completamente inútil — y, á mas de inútil, extemporánea y trasnochada, — y después de afirmar que el libro me gusta mucho y que la lectura de alguno de los notabilísimos trabajos en él contenidos me ha hecho recordar al malogrado crítico PEPE YXART, el inolvidable autor de *El Arte escénico en España*, voy á poner algunos *reparos* á lo que tanto el autor del libro cuanto el prologuista asientan; éste, con respecto al público; aquél, acerca de nuestro teatro llamado clásico.

Y en esto es en lo que podría ser censurado mi atrevimiento, pues habiéndose iniciado y sostenido, á su tiempo, literaria controversia entre el insigne *Clarín* y el inteligente *Canals*, parece como que — dados la consideración y el respeto que, por razones distintas, cada uno de esos distinguidos escritores merece, — aconseja la prudencia guardar silencio y mantenerse en la más estricta neutralidad; que así lo enseña al menos el antiguo refrán que dice: *Entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares*.

Pero, como he indicado al comenzar, el asunto importa á todos, y es justo que todos, cada cual desde su esfera y sin poner en olvido las atenciones que son debidas á los mayores *en saber y en gobierno*, digamos sobre él lo que se nos ocurra.

Y adviertan ustedes que al hablar de las atenciones debidas á los mayores, he prescindido de los *mayores en edad*, á quienes incluye el precepto, lo mismo que á los otros. He prescindido intencionadamente para que nadie pueda vislumbrar en mí pretensiones de utilizar esa triste ventaja, que ¡ay! nadie podría, en justicia, negarme.

Allá voy, pues, renunciando á las ventajas y preeminencias que pudieran darme mis años (ventajas y preeminencias que fundadas únicamente en la edad nunca me parecieron justificadas), á emitir mi opinión, que nadie me pide; y principio por declarar á mi querido amigo el insigne crítico y famoso novelista *Jacinto Octavio Picón*, después de enviarle mil parabienes por su primoroso artículo, que se me figura excesivamente severo con el público y hasta creo ver en su trabajo puntas y ribetes de injusticia.

«El origen de la relativa incapacidad del público — dice Picón en su precioso artículo — es casi de origen bíblico: está fundado en aquella frase célebre, según la cual el número de tontos es infinito»

Creo que no puede manifestarse con más claridad la deplorable opinión que del público tiene formada el discreto prologuista; para él nuestro público es, en resumen, una colección de majaderos, entre los cuales pueden encontrarse, como rarísimas excepciones, algunas personas de criterio mediano.

Y para que sobre esto no quepa duda, véase lo que

con la consigna de aplaudir, en lugares previamente señalados, á sus patronos respectivos; aun en ese público excepcional, no hay que fiarse de las apariencias, que muchas veces engañan. Aquello de que «todos los que tienen cara de tontos lo son y la mitad de los que no la tienen también,» puede pasar como dicho agudo ó como broma ingeniosa; pero no puede aceptarse en serio, pues contra la frase célebre citada por Picón, y que no voy á discutir ahora, hemos inventado últimamente otra frase no menos famosa, aunque mucho más moderna, la siguiente: «ha

muerto la madre que paría los hijos tontos.» Y cuando uno menos lo espera se encuentra chasqueado, pues aquel á quien más tonto consideraba resulta que no es tan tonto como parece.

Pero, lo repito, no es en noches de estreno ni en funciones de moda cuando hemos de estudiar al público. Ese público verdadero y sano que va al teatro de buena fe á divertirse ó á conmoverse, y en ambos casos á deleitarse, dando á su espíritu un rato de esparcimiento.

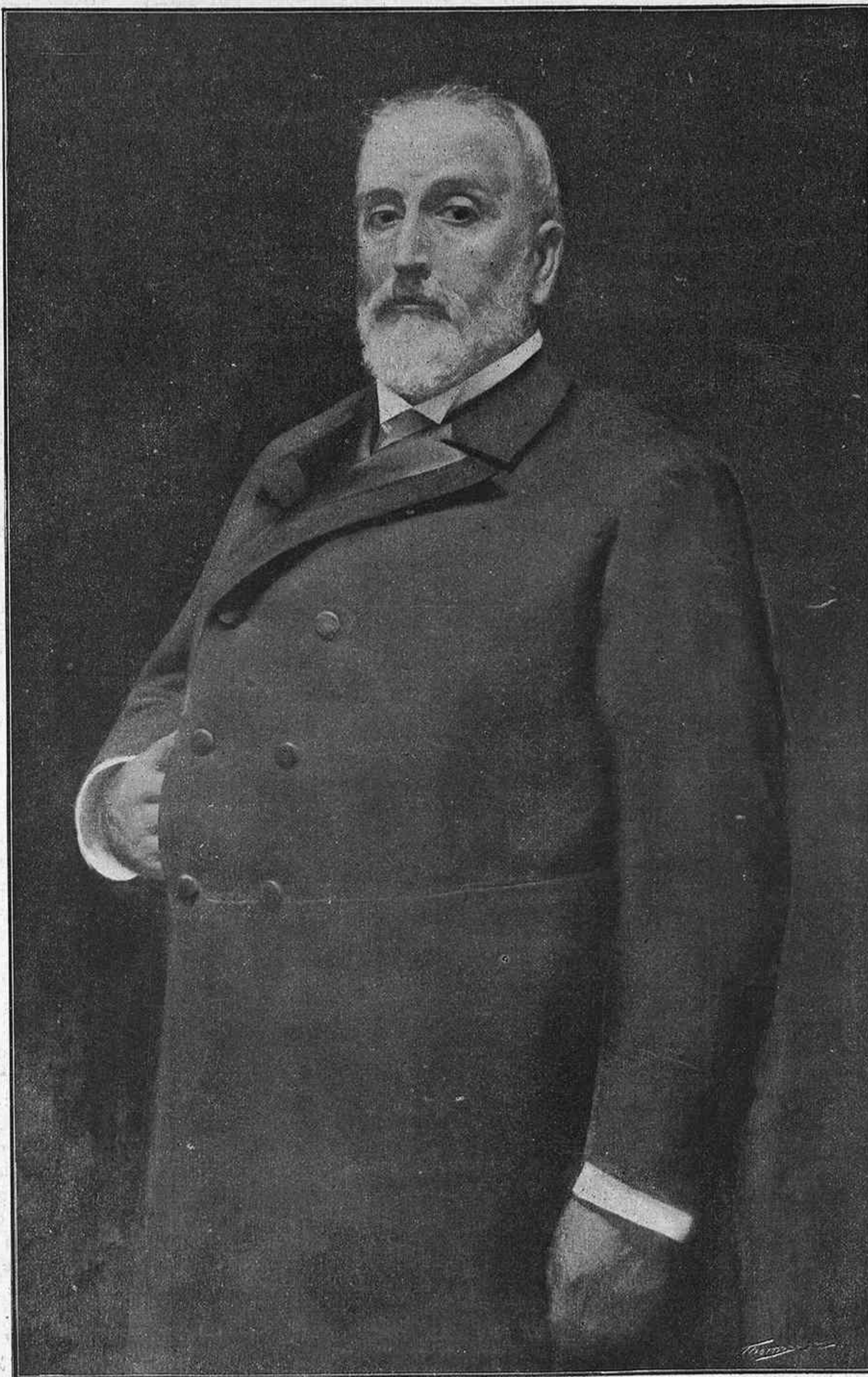
Ese público suele acudir ahora (me refiero á Madrid) á las funciones de tarde en los días festivos.

Penetre, penetre mi amigo Picón en la sala de cualquier teatro en una de esas tardes, y estudie aquella concurrencia. No hallará allí, se lo fío, ninguno de esos que van al teatro á ver ó á ser vistos; no encontrará damas aristocráticas que hagan del palco escaparate de su belleza y de su lujo; no verá esas caras conocidas de rivales envidiosos, de émulo impotentes, de severos críticos, de aficionados aburridos; verá sí millares de ojos que no se apartan del escenario, caras desfiguradas por la risa ó rostros contraídos por la compasión ó el terror, según los casos; sorprenderá tal vez en algún hombre muy barbudo el acto de enjugarse furtivamente las lágrimas, fingiendo limpiar los cristales de sus gemelos; oirá ruidosas y francas risotadas ó bien sollozos ahogados, y hasta ocasión habrá en que advierta que el entusiasmo se desborda y se traduce en aclamaciones espontáneas al personaje que simboliza los nobles sentimientos, ó en insultos lanzados contra el pícaro traidor, cuyo justo castigo es siempre celebrado con hilaridad unánime y satisfacción de todos... Pues nada, amigo Picón, ese es el público; público en el cual no hay tantos imbéciles como usted se figura...; y si los hubiera efectivamente, ¿qué nombre habríamos de dar al poeta que sabiéndolo solicita humildemente el aplauso de ese público, y hasta lo llama respetable y señor, y *senado ilustre*?

No, no son tontos, ni son imbéciles, aunque otra cosa digan ó crean los vanidosos (y no incluyo á Picón entre ellos), los que buscan en el teatro honesto pasatiempo. El solo hecho de asistir espontáneamente á una función teatral, demuestra ya un grado de cultura intelectual y de delicadeza de sentimientos que lo saca indiscutiblemente del número infinito de los estultos.

El menestral acomodado, el comerciante laborioso, el inteligente empleado, el artesano entusiasta, elementos que integran ese público, suelen no saber estética, es verdad, y hasta ignoran lo que viene á ser eso; acaso no habrán oído hablar de Hegel en toda su vida, ni tendrán noticia de que ha habido un Shakespeare, ni un Schiller, ni un Goethe en el mundo, pero aptitud para percibir lo bello y delicadeza para apreciarlo sí tienen, y buena prueba de que lo tienen es que van á ese espectáculo cuando podrían acudir al circo ecuestre ó al juego de pelota.

Y para ese público, para ese público en que hay pocos literatos, ningún periodista y en el cual no abundan críticos ni dramaturgos, para ese público



EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS, retrato pintado por José M.^a Marqués

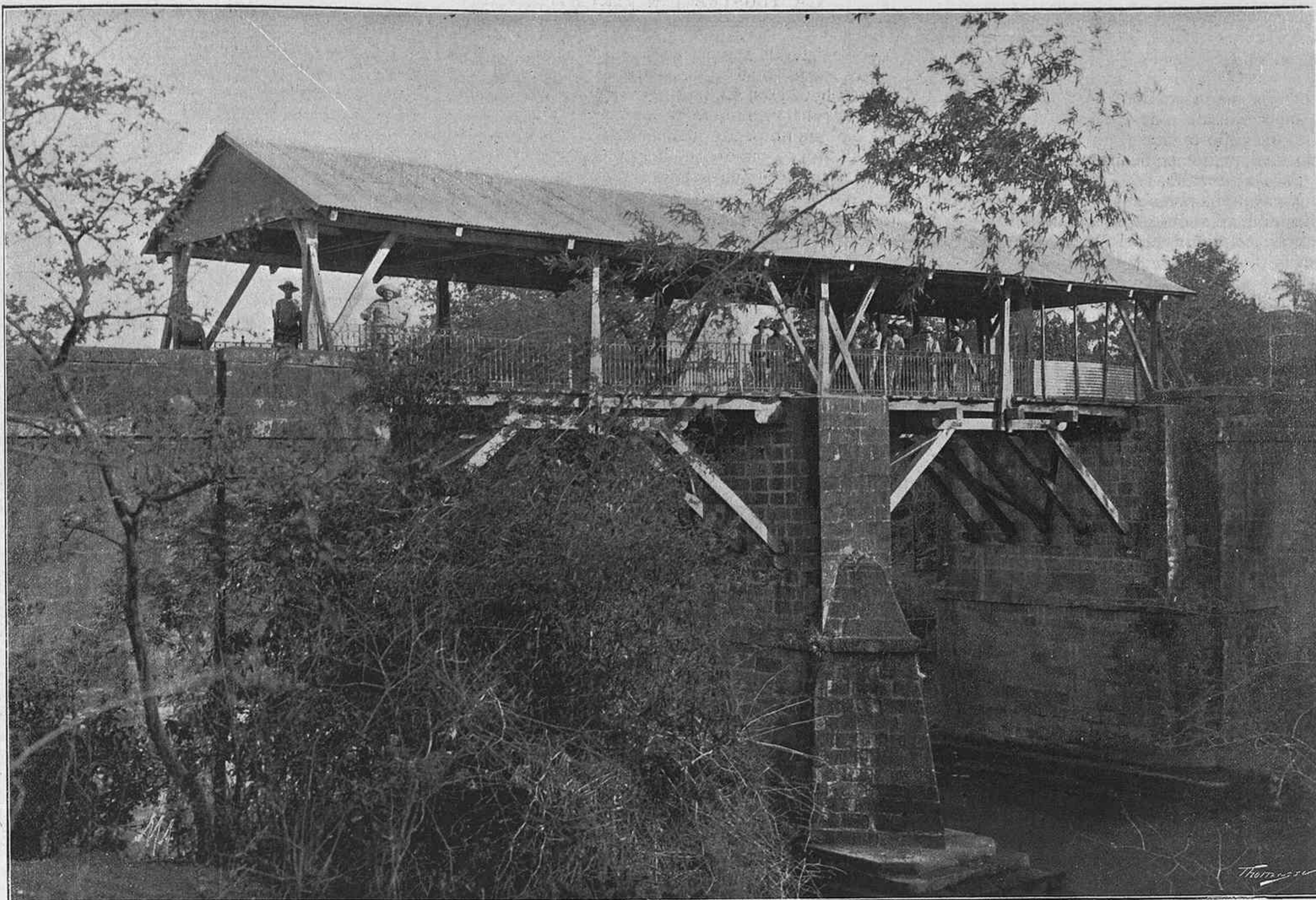
el distinguido literato, á quien me refiero, asienta en otro lugar del mismo apreciable trabajo:

«Una noche de estreno, pasead la mirada por el teatro, recorred la sala con los ojos, y entre las gentes que conocéis y las que llevan pintado en la cara lo que son, ¿cuántas habrá capaces de comprender y juzgar la obra que se representa?»

«La facultad de percibir lo bello y la delicadeza para apreciarlo no son patrimonio de todos.»

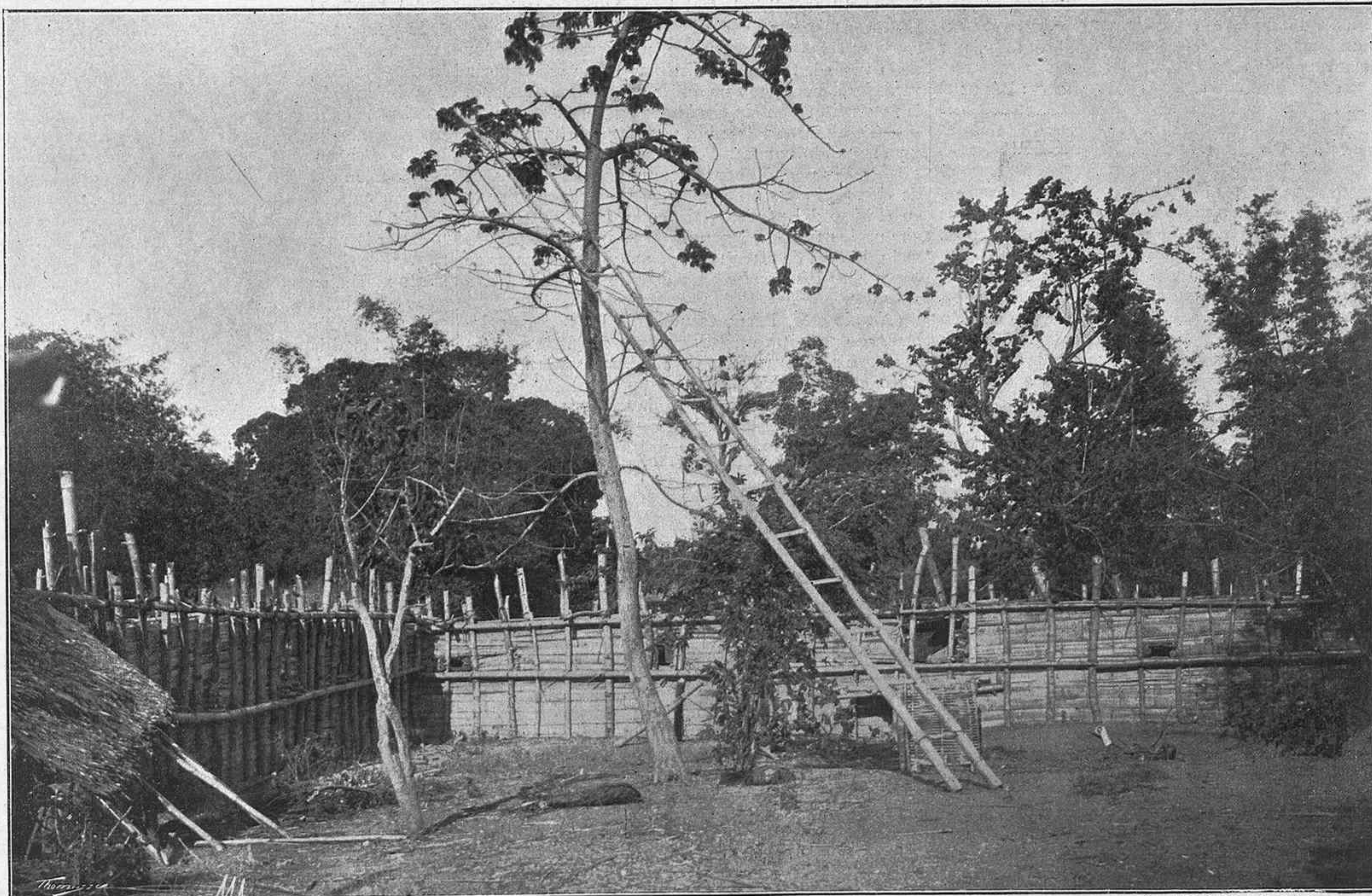
Mi querido amigo Picón habla aquí, él sabrá por qué, no del público en general, sino de un público especialísimo: *el público de los estrenos*; público *sui generis*, del cual no afirmaré yo (porque en realidad no lo sé) que valga más ó menos que el otro; pero sí digo que es muy diferente.

Aun refiriéndose á ese público de los estrenos en que hay artistas, literatos, dramaturgos, críticos y simples aficionados; amigos del autor, muy decididos á encontrarlo todo bueno; compañeros del autor mismo, muy resueltos á considerarlo todo malo; *alabarderos* de la empresa y del primer actor y de la primera actriz y del actor cómico y de la dama joven



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - PUENTE SOBRE EL RÍO NAIG Ó NAIC (TÁRTARO SEGÚN EL MAPA). - COMUNICA EL CAMINO DE SANTA CRUZ CON LAS PRIMERAS CASAS DEL NÚCLEO DEL PUEBLO DE NAIG Ó NAIC (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - NAIG Ó NAIC (PUEBLO DE LA PROVINCIA DE CAVITE). - VISTA INTERIOR DE UNA TRINCHERA INSURRECTA SITUADA FRENTE AL RÍO EN EL SITIO POR DONDE PENETRARON NUESTRAS TROPAS (de fotografía)

escribe el autor sus obras, las obras que pretende ver representadas, y ese público es el que no se equivoca nunca, y no se equivoca, lo he repetido muchas veces, porque no da opinión, porque no juzga, porque no dicta sentencia; acude á ver una comedia y se ríe; no dice que es buena, no confiesa que es mala, en lo cual podría equivocarse; dice lisa y llanamente: *Me ha divertido, me ha gustado*; y en esto la equivocación no es posible.

Puedo hablar de esto con conocimiento de causa y por experiencia, porque varias veces me he hallado en el mismo caso.

Soy aficionadísimo á la música, arte divino, del cual no sé absolutamente nada...; no sé sino que me gusta mucho.

Y he oído muchas óperas, y he aplaudido á muchos cantantes, y me ha deleitado una música; y otra, en cambio, nada ha dicho á mi sensibilidad. — Cuando esto ocurría, aquella música no me gustaba; y sobre esto no admití nunca discusión.

Me decían que aquella música era admirable, y yo no lo negaba; me juraban que era un prodigio de hechura, y yo, encogíendome de hombros, reconocía que así podría ser; pero agregaban que debía gustarme, y por esto ya no pasaba yo — porque ¡caracoles, si yo sabría lo que me gustaba y lo que no me gustaba!.

Y al llegar aquí echo de ver que, engolfado en las reflexiones sugeridas á mi espíritu por el prólogo de Picón, nada he dicho de las críticas de *Salvador Canals*.

Demasiado tarde es para subsanar este descuido.

Y como no estoy muy seguro de volver sobre este mismo tema en este mismo sitio, paréceme que debo renunciar generosamente á decir lo que en *El Año Teatral* (libro que me pareció muy bien), hallé de censurable.

Equivocadas me parecieron, desde luego, las afirmaciones que sobre nuestro teatro clásico hace el señor Canals. Pienso, no obstante, que si (como es de presumir) él piensa de un modo — que á mí me parece equivocado, — ha hecho muy bien en decirlo. Creo que el que para el público escribe, debe al público la verdad, toda la verdad, tal cual el escritor la ve y la entiende.

Precisamente porque creo eso, declaro y sostengo que nuestro teatro clásico vale más que el teatro de *Shakespeare*.

¿Que esto es una herejía?

Bueno. Pues me confieso hereje, y vengan las excomuniones que por creer eso y, sobre todo, por proclamarlo, haya merecido.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

¡SI SE VOLVIERA A NACER!

I

Érase que se era uno de los hombres más infelices que he conocido yo en este pícaro mundo, único, es verdad, que hasta ahora he visitado.

Pudiera calificársele de infeliz de la clase de tropa, porque ciertamente su candorosa, rayana con la estulticia á veces, no rebasaba en ningún sentido los límites de la vulgaridad más supina. Con esto quiero decir, que el tal incurría en todas las supersticiones, majaderías, inocencias y dislates á que nos tiene acostumbrados la masa general del público, sin discrepar de ella un ápice, para ofrecer al respetable auditorio una nota original, personal, típica, que siempre presenta quien por cualquier concepto logra rebasar los estrechos límites en que se mueve, rebulle, agita y lucha el numeroso contingente de seres desconocidos que constituyen lo que ha dado en llamarse montón anónimo.

Con este boceto de su personalidad moral y con decir que nuestro hombre se llamaba ó le llamaban Pérez, ni más ni menos, y que su físico reunía cuanto se necesita para pasar inadvertido por esas calles de Dios, creo queda hecho el retrato de cuerpo entero que merece personalidad tan insignificante, que á no ser por este cuento, con puntas y ribetes de biografía, jamás habría obtenido los honores de la publicidad, cosa por otra parte hoy tan al alcance de todas las fortunas, que ya únicamente el que no quiere es quien no es célebre, eminente, famoso ó por lo menos, por lo menos, distinguido.

Pues bien, y con esto queda finido el proemio, entre las manías del amigo Pérez, porque tenía varias, figuraba la de creer á pie juntillas que si el hombre volviera á nacer, haría las cosas mejor que las hizo durante lo que pudiéramos llamar su vida primera. Y Pérez, el gran Pérez, al quemarse la lengua con una cucharada de sopa, al notar que un zapato le apretaba más de lo que buenamente los zapatos deben molestar, al recibir calabazas de una adorada

deidad ó de una simple modistilla adorada, al sorprender en su bolsillo una moneda falsa con que un truhán sorprendió antes su buena fe, al perder por unos minutos un tranvía ó al tenerse que agachar para atarse las cintas de los calzoncillos que imprudentemente le habían adornado las bocas del pantalón, repetía con la tranquilidad, serenidad y prosopopeya del que dicta *urbi et orbe* una sentencia:

— ¡Si se volviera á nacer!.

Y por nada ni nadie dejaba el estribillo, que además le largaba de todo corazón, poniendo los ojos en blanco, frunciendo agriamente el ceño y mordiendo con la boca torcida la punta izquierda del caído bigote, que parecía trasplantado á aquel labio desde la alambrada superficie de un cepillo.

Cuentan las crónicas, y en este punto la crónica debe ser creída, porque no hay motivo tampoco para otra cosa, que Pérez murió un día, aunque ignoro si fué el *mejor*, como el vulgo, y Pérez con él naturalmente, califica al en que ha de ocurrirle una desgracia; y esta muerte, que unos consideraron como la cosa más natural en un atacado de apoplejía y otros también por la fama del médico que le asistió en sus últimos momentos, me consta positivamente, y en este detalle estoy conforme con la crónica citada, que fué obra exclusiva de la voluntad de Dios. Nadie se muere hasta que Dios quiere.

La parte segunda de la crónica debiera creerse por la sola palabra del que la escribió, pues considero un poco difícil el poder comprobarla, la cual dice, que si el Ser Supremo le llamó á su lado, fué sola y únicamente para celebrar con él una detenida conferencia y tratar en ella de su estribillo constante; pues de otra suerte no hubiera podido charlar con él largo y tendido sin desde luego elevarle á la categoría envidiable de iluminado, cosa que en honor de la verdad no merecemos la mayoría de los mortales, y Pérez por lo tanto, que no había de ser de mejor condición que los demás hombres.

Desapareció, pues, del mundo el amigo Pérez, y como la voluntad de Dios es siempre respetada y San Pedro por su parte tampoco tenía ningún resentimiento con el que por mí es héroe, aun cuando sea sólo de un cuento, le dejó pasar los umbrales de la gloria en cuanto en ellos apareció. Los tontos, por lo regular, son buena gente.

La *interview* entre el Ser todo gloria y el hombrecillo todo polvo no puedo transcribirla sin temor de que el lector, llamándose á engaño, me moteje con los calificativos más denigrantes para un caballero, como son los de embustero, mentiroso y falseador de la verdad, tres cosas distintas y una sola injuria verdadera. Pero creo no andar muy descaminado, si la reconstituyo en los siguientes términos:

— Te he mandado subir, porque así lo has querido y yo soy todo bondad. Por tu afán de desear volver á nacer, has perdido por lo pronto unos cuantos años de vida positiva y no maleja que te tenía destinada en el libro del porvenir, si no por tus méritos, porque no los tienes, al menos por tu pasividad para lo malo, lo cual en estos tiempos en que tan pícaros se han vuelto los hombres no deja de ser una relativa virtud.

(A todo esto, Pérez, escuchando las divinas palabras, se encuentra verdaderamente en la gloria y no se atreve ni á levantar la vista del trono de nubes de nácar en que se halla el Juez Supremo.)

— Para convencerte de que la mayoría de las veces — continuó el Eterno Padre — el hombre no sabe lo que quiere ni lo que pide, ni las consecuencias de una y otra cosa, por vez primera en fastos de la historia los ladridos del perro han llegado á la luna y no he dado oídos de mercader, es decir, oídos sordos á palabras necias. En suma, ¿quieres volver á nacer? Responde.

— Señor... — tartamudeó Pérez, con aquel embarazo de que hacía abuso cada vez que en el mundo tenía que presentarse ante el jefe de su oficina — la verdad es que no sabía lo que pedía y que de poderme quedar aquí renunció á mis pasados deseos.

— Eso sí que no es posible, Pérez, pues por lo menos te falta un limpión en el clarificador celestial que se llama Purgatorio. Te pregunté si querías volver á nacer y... te pregunté mal. Lo que quiero que me digas, porque esto ya lo tendrías pensado por allá abajo, es la forma en que desear se realice tu nueva encarnación. ¿Nacer de nuevo niño inocente y correr el albur á que está sujeta toda criatura, expuesto á cometer los mismos errores que te prometías corregir, á caer de patitas en los mismos peligros que pensabas evitar siempre que exclamabas: «¡Si se volviera á nacer!...» ó, por el contrario, tu deseo de nacer de nuevo iba ligado al de poseer desde un principio la experiencia que dan los años, para con ella evitar lo que sólo ellos evitan?

El bueno de Pérez no sabía por dónde salir, ni

qué contestación dar á tal pregunta, ni qué solución á tal problema espetado á boca de jarro. Verdaderamente, al morir, en lo que menos pensó fué en que podría presentársele ocasión tan bonita para realizar su sueño dorado, y menos aún en que aquel paso tenía que ser inevitablemente el primero para volver á nacer, y ¡claro!, no estaba preparado para tamaña sorpresa. Jamás en vida tampoco se le pasó por su obtusa imaginación que pudiera llegar el momento feliz de dar forma á su quimérico estribillo, de modo que el conflicto en que se halló fué más que mayúsculo.

Pero el dueño de todo lo creado le sacó de dudas lo mismo que le quería sacar de penas, diciéndole:

— La primera solución no te resuelve nada: serías otro, no serías tú.

Algo de eso llegó á alcanzársele al Pérez nuestro, porque bastó esta para su caletre *pequeña indicación* para que exclamara al punto:

— ¡Ah, Señor!.. Si yo desearé tanto volver á nacer, no fué ciertamente para pasar una vida igual ó peor que á la que me obligaron mis inexperiencias y falta de mundo. De los escarmentados nacen los avisados, y ahora, si he de nacer, quisiera nacer ya escarmentado, tanto para no tener que escarmentar de nuevo, cuanto para ser un avisado ó prevenido, que siempre por allá abajo, hombre prevenido ha valido por dos.

Ante tales razonamientos, el Padre Eterno, si no hubiera estado dispuesto á devolverle al mundo conforme Pérez deseaba, creo yo que no hubiera dejado de complacerle, y dijo solemnemente:

— ¡Sea!

De repente, en la celeste mansión retumbó un trueno tan cristalino como el chocar de dos moneditas de oro; una suave espiral de incienso envolvió la figura de Dios; los angelillos revolotearon por el espacio azul tachonado de estrellas de brillantes, con sus alitas de paloma blanca; á lo lejos se oyó un coro de voces celestiales acompañadas de arpas, y... Pérez, sin saber cómo ni cuándo, desapareció.

II

Todo era júbilo en casa de D. Homobono Corde-rillo aquella noche.

La murga alegraba con sus destemplados resoplidos los contornos de la feliz mansión; á sus compases, criadas, horteras y demás gente alegre y bulliciosa del barrio se entregaban á algo que quería ser baile y no pasaba de ser un contoneo y vaivén en extremo alarmantes; la doméstica de la casa, alcarreña de pura raza, no descansaba un momento subiendo y bajando las escaleras para comprar por tandas una buena cantidad de azucarillos, otra de bollos y pasteles, almendras y peladillas, y alguna que otra botella de agua teñida y calificada por un exceso de imaginación del fabricante de «licor de damas,» y los vecinos entraban y salían incesantemente en la reducida habitación del Corderillo citado, protagonista ó por lo menos padre del protagonista de la fiesta, porque debo decir que semejante y desacostumbrado movimiento obedecía lisa y llanamente al *bateo* que se celebraba por haber venido á este valle de lágrimas una nueva víctima en forma de rollo de manteca, del cual la esposa de D. Homobono había tenido la esplendidez de desprenderse.

El chiquillo, la verdad, y no se tome á lisonja, era bastante feúcho. Encogidillo, llorón, cabezota y las piernecillas como arcos de violín, era de los muchachos que, según decía una señora amiga mía, parece que están hechos á trompazos. Ni D. Homobono podía esperar menos, ni el hado haberse ensañado más con aquella criatura, que como observó alguno de los invitados á la cuchipanda y que conoció en vida á nuestro difunto Pérez, más se parecía á éste que á su padre, quien no encontró de muy buen gusto el recuerdo, así por lo que pudiera ofender el pudor de la bonachona parturienta, como porque dió lugar á que los graciosos, que nunca faltan en ese género de solemnidades caseras, lucieran su ingenio de guardarrropía á costa de la paciencia del anfitrión.

Pero que el chico se parecía á Pérez, nadie lo puso en duda desde que el recién nacido lanzó á los aires el primer y estridente lloriqueo. La virtud berroqueña de la madre, no obstante, desbarataba cuantas suposiciones denigrantes hubiera fantaseado la malicia. Además, el cómputo del tiempo que medió entre la muerte del uno y el nacimiento del otro, atestiguaba la imposibilidad completa de un negocio de mala índole.

¿Cómo se explicaba, pues, esta fatal coincidencia?

Yo estoy en el secreto y puedo y debo revelárselo á ustedes, así por el buen nombre de la señora de D. Homobono, como porque si no, aquí habría concluido insulsamente este cuento.

El recién nacido no era otro que Pérez, el mismí-

simo Pérez en persona, que como queda dicho, había de Dios alcanzado el don de nacer nuevamente.

Un ojo práctico, un espíritu observador hubiera encontrado en aquel niño mucho de anómalo. Los gestos, las miradas, los ademanes, todo era en él extraño.

Empezó por rechazar cuantas nodrizas feas se proponían amamantarle y se resignó sólo con la más guapa; cuando sus padres le hacían caricias, él correspondía con fuertes apretones de manos; se reía de los que por adular á los autores de sus días le llamaban monín y bueno, como si conociera la falsía con que se lo llamaban; estaba atento á las conversaciones que de política se sostenían en su casa, y palmoteaba cuando se defendía la república; demostraba en fin una precocidad tan grande, que la familia en masa no se cansaba de decir:

— ¡Qué chiquillo! ¡Si parece un viejo!

Y lo peor del caso es que no lo parecía, sino que por su espíritu lo era. ¡Había logrado volver á nacer, sabiendo lo que sabía cuando murió... la otra vez!

¡Qué desequilibrio más aterrador!

Pérez lo comprendía así y no lo podía evitar. ¡Cuántas veces lo que sus padres creían que eran los lloros efecto de la dentición, no eran sino lamentos por encontrarse con la pequeñez de fuerzas, cuerpo y medios de vida de un chiquitín, y los alientos, si no de un gigante, de un hombre hecho y derecho! ¡Cuántas veces protestaba á rabieta tendida de haber deseado trastornar las leyes de la humanidad, y por todo consuelo le hacían chupar el biberón!

«Pero en fin — llegó á pensar filosóficamente en tanto que le hacían tomar á la fuerza una cucharada de denticina — todo será hasta que pase de esta primera infancia, que después... ¡oh!, después la experiencia adquirida me va á servir de mucho para andar por el mundo...»

Y con esta confianza Pérez, ó si quieren ustedes el niño del Sr. Corderillo, sufría con paciencia los azotes que le proporcionaban cuando, á pesar de su



ESTUDIO,

dibujo á la pluma de Baldomero Galofre

experiencia y de ser un verdadero hombre de mundo, cometía cualquier ligereza propia de los niños, acostumbrados á tratar con bastante poco aseo los pañales y demás prendas de vestir.

Fué creciendo, naturalmente, y como la experiencia suya le colocaba fuera de los límites de lo ordinario, llegó á ser el chicuelo más antipático de la creación. No se emprendía conversación alguna en su presencia, que no fuera interrumpida por él, lo cual le valía ser encerrado en el cuarto obscuro. Y... ¡no les digo á ustedes nada cuando, hablando de amores, negocios ó empresas, aquel colegialeto osaba imponer su opinión y trataba de igual á igual á los amigos de su padre!.. ¡Calabozo seguro, y sin postre además!

Y aquel engendro, medio viejo, medio infante, no salía de su asombro al ver que para maldita de Dios la cosa le iba sirviendo todo cuanto aprendió en su anterior encarnación.

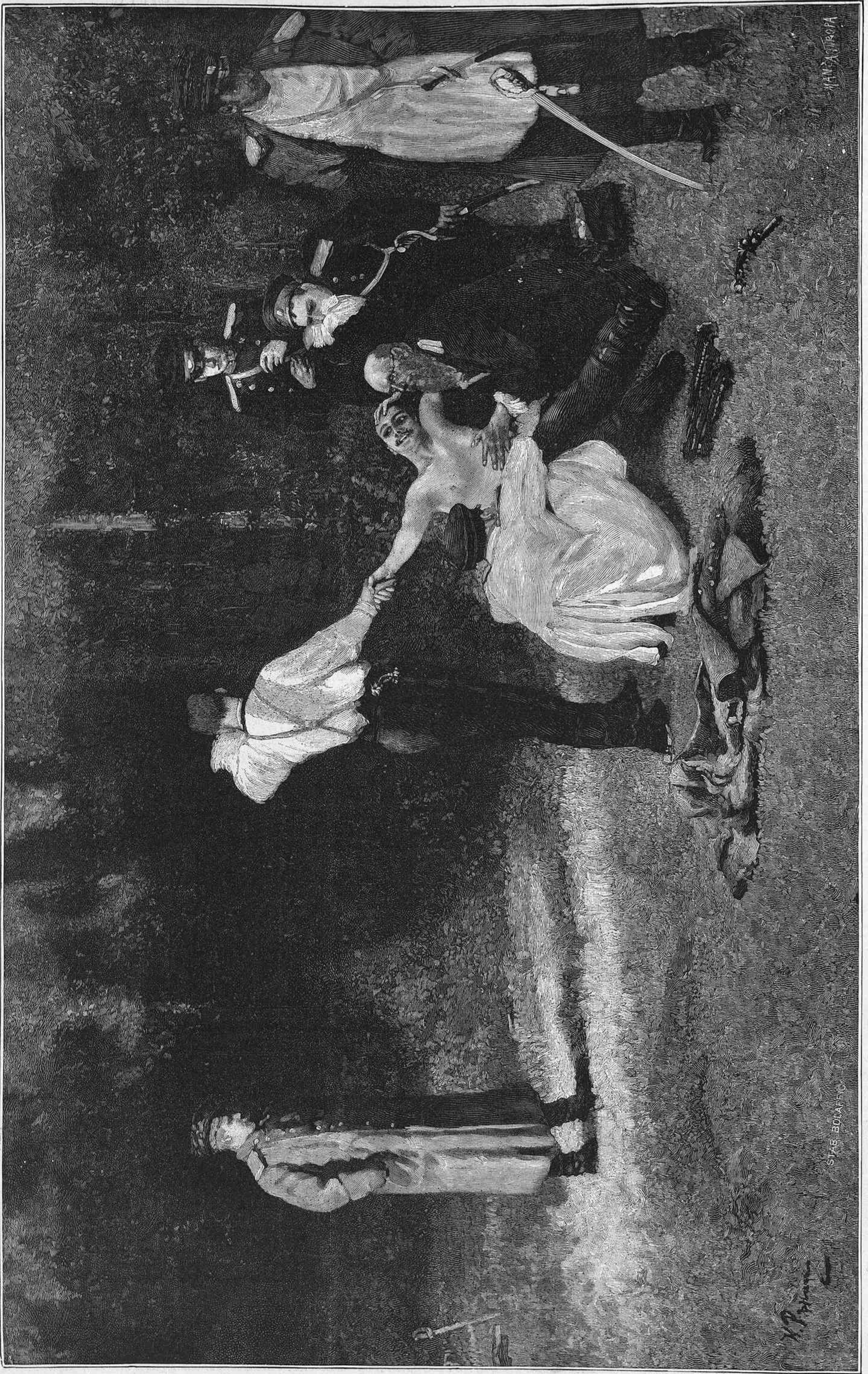
Llegaron para él la época de los estudios, y se encontró con nuevos planes de enseñanza, nuevos libros de texto, y lo que era peor, nuevas doctrinas, escuelas é ideales; la de los noviazgos, y tropezó con añagazas con las que no pudo soñar, falsías de nuevo cuño, infidelidades eternas é inevitables y engaños de quien, á pesar de su experiencia, podía esperarlos menos, la de los amigos, y se convenció de que con su mundología no podía mejorar la raza de aquéllos, concluyendo por ser víctima del amigo á quien más protegía, ni más ni menos que le ocurrió cuando se llamaba Pérez; la de los negocios, y... «¡cuidado que es mala fortuna la mía — sollozaba el infeliz Corderillo, — todos me salen mal, todos son nuevos y no entiendo ninguno!»

¡Claro que había de ser una gran casualidad que le fueran á proponer negocios exactamente de la misma índole y en idénticas condiciones que aquellos contra los cuales él estaba ya preparado y prevenido! No en vano el mundo da vueltas.

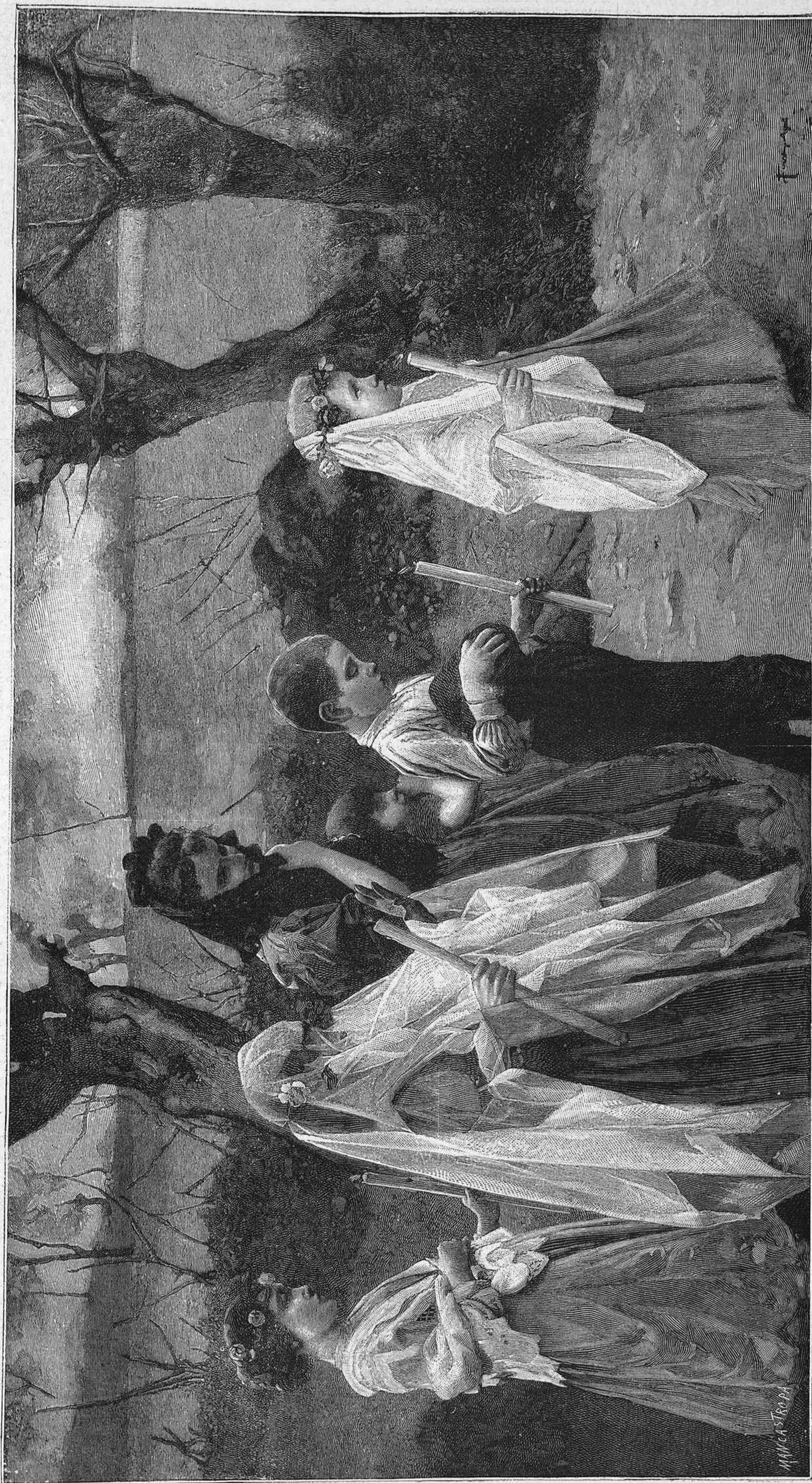
Acongojado porque se le fugó con los fondos de



GUERRA DE CUBA. — UN PATIO DE CANDELARIA (PINAR DEL RÍO). — BOHÍOS DE CAMPESINOS RECONCENTRADOS (de fotografía de Otero y Colominas)



EL DUELO, CUADRO DE ILJA REPINE (Exposición de Bellas Artes de Venecia. 1897)



DESPUÉS DE LA PRIMERA COMUNIÓN, CUADRO DE ARNALDO FERRAGUTTI

su casa el hijo de cierto personaje que «á Pérez» le había estafado una regular cantidad, comprendió que aquella experiencia trasnochada no le reportaba ningún beneficio, cayó enfermo y en el delirio de la calentura repetía:

— ¡Si se volviera á nacer!..

Como la majadería es un castigo con el que por adelantado se cobra Dios de las fechorías que le cometemos los hombres, Corderillo fué al cielo calzado y vestido.

Y el Supremo Hacedor, que si es todo justicia es también todo misericordia, pasando á Pérez cariñosamente la mano por el hombro, no pudo menos de decirle:

— Supongo te habrás convencido de que cuando he hecho que no se nazca dos veces... ¡por algo será!..

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Idiarte Borda.—El infortunado presidente de la República del Uruguay, recientemente asesinado, fué elevado á la presidencia en 21 de marzo de 1894 y debía cesar en su cargo en 1.º de marzo de 1898. Al ser elegido figuraba en el partido colorado, de cuya Comisión directiva formaba parte, y hacía tiempo que como diputado y senador habíase conquistado un lugar importante en la política uruguaya. Durante la presidencia del general D. Maximino Santos y siendo diputado se embarcó para Buenos Aires con un grupo de veinte diputados, por ser completamente opuesto á la política del citado presidente, permaneciendo en el destierro hasta después de la pacificación del Quebracho. Era hijo de una familia vasco-francesa y había nacido en Mercedes, departamento de Soriano.



D. JUAN IDIARTE BORDA,
infortunado presidente de la República del Uruguay,
asesinado en Montevideo en 25 de agosto último
(de fotografía)

El Sr. Idiarte Borda fué asesinado el día 25 de agosto último al salir de la catedral, en donde se había cantado un *Tedum* en conmemoración del aniversario de la independencia del Uruguay. Su asesinato se atribuye al estado actual de la política del país y á venganzas personales, por suponerse que era un obstáculo para la paz tan deseada por toda la nación.

El retrato que publicamos es reproducción del último fotográfico que se ha hecho del Sr. Idiarte Borda y que nos ha sido facilitado por el digno cónsul del Uruguay en Barcelona señor D. Antonio Sáenz de Zumarán, á quien damos por su amabilidad las más expresivas gracias.

El último recurso, cuadro de J. Jendrassik.—¿A qué explicar el asunto de este bellísimo lienzo? Al contemplar aquella niña, quién no adivina que yace en cama moribundo alguno de los seres que le son más queridos y cuya salvación sólo se espera de la medicina que el farmacéutico está preparando detrás del mostrador? El cuadro de Jendrassik, hondamente sentido, es una nota de dolor admirablemente expresada que sugiere á cuantos lo contemplan, haciendo que se asocian desde el fondo de su alma á la tristeza tan magistralmente pintada en el semblante y en la figura toda de aquella infeliz muchacha.

Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, retrato de J. M.ª Marqués.—Al reproducir LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el retrato del Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, lo hace en el doble concepto de rendir un testimonio de consideración á un patricio ilustre y de dar á conocer una producción pictórica de relevante mérito.

La personalidad del Sr. Planas y Casals es asaz saliente para tener derecho al tributo de consideración que le rinden sus conciudadanos. A sus indiscutibles méritos y superior inteligencia debe la elevada posición que ocupa, puesto que así en el foro como en los diversos cargos que ha desempeñado, ya como Presidente de la Diputación Provincial, Diputado á Cortes y Senador del Reino, ha logrado notoria singularidad. Vivo está el recuerdo de su provechosa gestión en el primero de dichos cargos, que desempeñó con general aplauso durante tres bienios, ya consagrándose á la defensa de los grandes intereses

del trabajo nacional, cuantas veces se vieron amenazados por reformas arancelarias ó tratados comerciales, ó bien acudiendo presuroso en auxilio de los pueblos de la provincia, durante la última epidemia cólera, visitando las localidades infestadas para prestar socorros y consuelos, y vivo está también el recuerdo de su último discurso en el Congreso de los Diputados, cuando Barcelona entera se conmovió por el último atentado anarquista: el Sr. Planas y Casals, haciéndose intérprete de tantos dolores y de tan crueles amarguras, contribuyó entonces á que la Cámara adoptara acuerdos que tendieran á la defensa del orden social.

Su condición de jefe de un partido político y su alto cargo de senador vitalicio le han procurado medios para intervenir en asuntos que afectan á nuestra ciudad, traduciéndose en ventajas y beneficios las soluciones en que ha tomado activa parte.

Aseguir para todos, de clara inteligencia y singulares dotes de mando, es el Sr. Planas y Casals la figura más saliente del partido conservador barcelonés, y su autoridad, al igual de lo que acontecía con su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo, es reconocida y aceptada por sus correligionarios en esta provincia.

El retrato que damos á conocer á nuestros lectores es trasunto fidelísimo del natural. El Sr. Marqués ha sabido trasladar al lienzo los rasgos que tanto le distinguen, y especialmente ese algo que revela el espíritu de aquellos que sobresalen de entre los demás por los destellos de su superior inteligencia. De ahí que no titubeamos en aplaudir al artista que tan gallarda y nueva muestra acaba de dar de sus aptitudes, produciendo una obra notable digna de su buen nombre y de su historia artística.

Guerra de Filipinas.—El puente que reproduce el primer grabado de la página 581 cruza el río Naic en las inmediaciones del pueblo de este mismo nombre, y es de madera, excepción hecha de la techumbre y de las barandillas, que son de hierro. Los insurrectos, además de fortificarlo con trincheras, habían acumulado sobre él gran cantidad de nipa con el intento de prenderle fuego si nuestras tropas atacaban el pueblo por este lado. Sus preparativos, sin embargo, resultaron inútiles, porque el ataque no se realizó por aquel sitio.

La trinchera reproducida en nuestro segundo grabado de la página citada estaba emplazada frente al río en la parte por donde penetraron nuestros soldados, y tenía varias troneras para falconetes y lantacas. Su altura era de unos tres metros y en su frente había mucho ramaje espinoso puesto allí para dificultar el asalto. El árbol que se ve en el centro, y al cual hay adosada una escala, servía de observatorio. Esta trinchera era la más fuerte de las construídas en Naic, si se exceptúa la situada frente al puente, que la superaba en altura y espesor.

Las fotografías de donde reproducimos los grabados fueron sacadas por nuestro corresponsal artístico Sr. Arias y Rodríguez al día siguiente de la ocupación de Naic por las fuerzas leales.

Estudio, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre.—El notable estudio que reproducimos, escogido al azar de entre los que guardan las repletas carteras de Baldomero Galofre, demuestra, como todos los suyos, las cualidades que tanto le distinguen. En esta producción, como en todas la de este distinguido artista, adivínase el laudable empeño de valorar la acción, de representar el movimiento y la vida de los tipos ó escenas que reproduce, trasunto de las que se desarrollan en nuestro país.

Nuestros lectores han podido admirar frecuentemente en estas páginas obras meritorias del Sr. Galofre, y habrán podido apreciar cuán justa es la fama de que goza, alcanzada ha muchos años y cimentada de continuo por la valía de sus obras, siempre aplaudidas y celebradas.

Guerra de Cuba.—Bohíos de los campesinos reconcentrados.—A fin de limitar los recursos de que pudieran disponer los rebeldes cubanos, dispúsose la reconcentración en los grandes poblados de los habitantes del campo. La fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana, que reproducimos en la página 583, da perfecta idea de cómo viven los reconcentrados á quienes los rigores de la guerra han arrancado de sus hogares, colocándoles las más de las veces en situación apuradísima por la gran dificultad en que se encuentran las autoridades locales para proporcionarles medios de subsistencia.

El duelo, cuadro de Ilja Repine.—Este cuadro del famoso pintor ruso fué el verdadero *clou* de la última exposición de Venecia; y en verdad que nadie calificará de injustificada la admiración que allí produjo, pues aparte de la fuerza dramática que el desarrollo del asunto encierra, desde el punto de vista técnico, el lienzo en su conjunto y en los menores detalles de la triste escena satisface á los más exigentes. Ilja Repine es discípulo de la Academia Imperial de San Petersburgo, en la que obtuvo una bolsa de viaje, y hoy se le considera como el pintor más popular de Rusia: su cuadro *Los navegantes del Volga* es juzgado como la obra maestra del arte ruso moderno, no siendo menos célebre el retrato que hizo de Tolstoi arando un campo. *El duelo* es propiedad de la citada Academia.

Después de la primera comunión, cuadro de Arnaldo Ferragutti.—El célebre pintor italiano ha trazado en este cuadro una página llena de sentimiento, un idilio impregnado de poesía. Aquellas tiernas criaturas revelan en su recogimiento la fe con que han recibido por vez primera el divino Cuerpo del Salvador, y en sus infantiles rostros refléjase la pureza de sus almas. Completa el efecto del hermoso grupo el paisaje pintado de mano maestra y cuya severidad armoniza por modo admirable con la expresión de las figuras.

El rey de Siam Chulalongkorn y sus hijos menores.—El monarca siamés, que actualmente viaja por Europa, es el quinto soberano de la actual dinastía: nació en 1853 y subió al trono en 1868, empujando de hecho las rien-



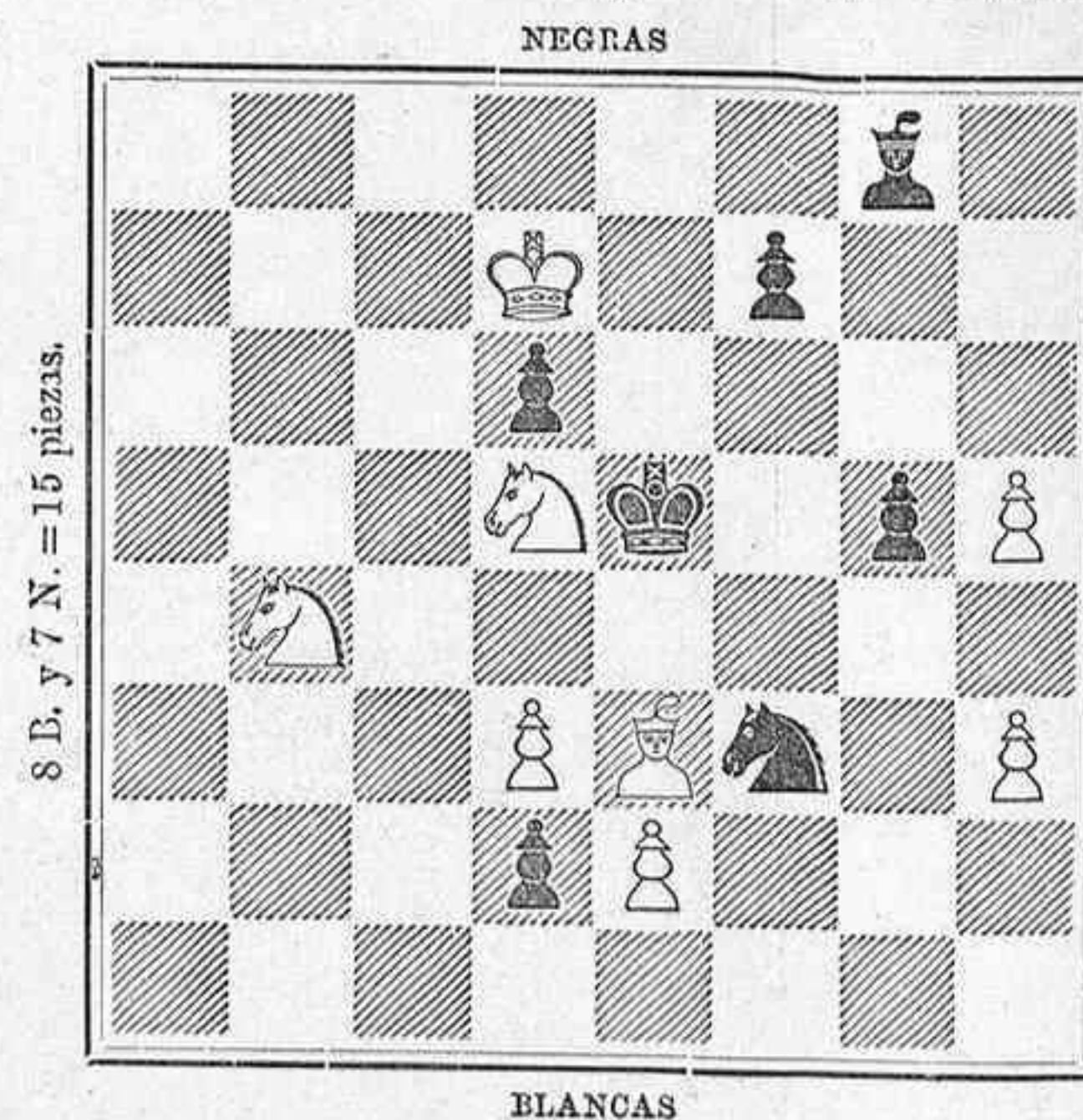
EL REY DE SIAM CHULALONGKORN Y SUS HIJOS MENORES (de fotografía)

das del gobierno en 1873. Como su padre, el rey Mongkut, ha decretado en su reino grandes reformas, entre ellas la abolición de la esclavitud hereditaria y el ingreso en la unión postal y en la red internacional telegráfica; ha fomentado la industria, construído carreteras y ferrocarriles y establecido un sistema monetario regular. En su capital, Bangkok, se encuentran todos los adelantos modernos y magníficos edificios á la europea. Es, en suma, un entusiasta de la civilización europea, y gracias á sus iniciativas y á sus esfuerzos Siam es actualmente, después del Japón, la nación más apegada á nuestra cultura, de la cual ha tomado todo aquello que mejor podía asimilarse á la vida y á las necesidades nacionales.

La Galería Nacional de Arte Británico.—Hace diez años un acaudalado londinense, Mr. Enrique Tate, ofreció construir á sus expensas un edificio destinado al arte británico y, cosa extraña, tal ofrecimiento fué mirado por los poderes públicos con la mayor indiferencia, á pesar de lo cual el generoso patriota no sólo mantuvo su oferta, sino que fué todavía más allá de lo que al principio había dicho, empleando en la construcción 100.000 libras esterlinas en vez de las 80.000 primeramente ofrecidas, y proveyendo además al futuro engrandecimiento de la galería, para el caso de que esto se hiciese necesario. El nuevo museo se levanta actualmente en el sitio que antes ocupara la cárcel de Millbank, y ha sido construído por el arquitecto Mr. Sidney Smith, el cual ha dado pruebas de su talento y de su buen gusto no sólo en la parte externa, sino que también en la disposición interior del edificio. La inauguración de la Galería Nacional, verificada recientemente, ha sido presidida por el príncipe de Gales. Hasta el presente, la galería contiene tres colecciones, de las cuales la más importante es la regalada por el propio Mr. Tate, que consiste en 65 cuadros de los pintores ingleses más afamados, tales como Millais, Orchardson, Leighton, Stanhope Forbes, Hook, Briton Riviere y otros. Otra colección es la de obras de artistas anteriores á 1790 y otra la de los cuadros de Mr. G. F. Watts, regalados por su autor al Estado.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 85, POR JOSÉ PALUZIE



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 84, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D6CD | 1. Cualquiera. |
| 2. A6D mate. | |



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

Poco después el joven acercábase á ella, y la señorita de Walde tuvo motivo para mostrarse más satisfecha, pues su rostro tenía una expresión grave y seria. Arrojó su sombrero sobre una mesa, arrastró una silla hasta cerca de Elena, ofreció á ésta ambas manos, y conmovido al parecer de su palidez, le dijo:

—¿Te sientes indispueta esta mañana?

—¿Y te parece extraño?, replicó Elena, sin poder reprimir los sentimientos de amargura que la agitaban... Desgraciadamente, me falta ese grado de valor que permite levantar al cielo la frente serena después de sufrir la más cruel de las pruebas que el destino nos reservaba... No puedo menos de envidiarte, añadió, observando con tristeza el rostro del Sr. de Hollfeld.

Este deploró interiormente su paseo matinal, ó más bien los tiernos pensamientos consagrados á Isabel, que se habían reflejado en su semblante.

—Eres injusta, Elena, dijo el Sr. de Hollfeld con voz penetrante y enternecida. ¿Puede el hombre que ha tomado una resolución lamentarse y llorar cuando trata de llevarla á cabo?

—Lo cierto es que hace un instante parecías poco dispuesto á gemir y sollozar.

En el alma del Sr. de Hollfeld se produjo una borrasca. ¿No debía aquella pobre joven enfermiza mostrarse animada del más profundo agradecimiento á los que no se alejaban de ella con indiferencia y hasta repulsión? ¿No era así, con alegría y gratitud, como había acogido en otro tiempo las primeras atenciones de su primo? ¡Y he aquí que ahora se permitía dirigirle censuras! Aunque no había perdonado medio alguno para hacerle creer que la amaba tiernamente, no por eso dejaba de comprender que era necesario estar dotada de una fuerte dosis de vanidad para dar crédito á la comedia que él había desempeñado. Mucho le costó ahogar este resentimiento, pero lo consiguió; y con una sonrisa impregnada de melancolía volvió á tomar la palabra.

—Si hubieras podido leer hace un instante en mi interior, dijo, habrías comprendido sin dificultad el sentimiento que había desvanecido momentáneamente mis crueles pesares, y no me habrías dirigido una censura de la cual te arrepentirás. Me representaba con satisfacción la hora en que, avistándome con tu hermano, podré decirle: «Elena acaba de resolverse á vivir en adelante junto á mí con mi familia...» No niego que me complacía vivamente representarme este momento, porque siempre le ha disgustado la ternura que te profeso, mostrándose celoso de la que tú tienes á bien dispensarme.

Lector, se ha dicho á menudo que el amor es ciego; tal vez deberíamos añadir que su ceguera es con frecuencia voluntaria: cierra los ojos para absorberse en la visión que le sostiene, porque sabe que el momento en que vea claro será también el de su muerte... Lucha mientras sus fuerzas se lo permiten para conservar las tinieblas de que su existencia depende,

y se aísla de la realidad para no perder la ilusión, que es su razón de ser.

Elena trató, pues, de conciliar las observaciones que el semblante de su primo le había sugerido con la explicación que se le daba, y por fortuna esta adaptación no presentaba dificultades. Elena le tendió emocionada su mano.

—Te creo, le dijo con acento penetrante; perder la fe que en ti tengo me ocasionaría la muerte. ¡Oh, Emilio, sé siempre sincero, yo te lo suplico, y no me ocultes nada, ni aun con el piadoso pensamiento de complacerme! Mil veces más vale la certidumbre, aun siendo cruel, que la sospecha, que gravita sobre nosotros como un peso angustioso. He pasado una noche espantosa; mas al fin he podido vencerme y considerar tranquilamente el caso extremo de que me has hablado... Podemos, pues, hablar de tu proyecto, pues no recobraré del todo la calma hasta que sepa el nombre de la joven que te propones asociar á nuestra suerte. Hasta aquí esa tercera persona se mantiene para mí como un fantasma, cuyas facciones me esfuerzo por ver sin que me sea posible conseguirlo, y yo quiero saber lo que debo esperar ó temer de esa esfinge desconocida... Esta incertidumbre me perturba ahora más que todo, más aún que el proyecto mismo. Dime su nombre, Emilio, te lo ruego encarecidamente.

La mirada de Hollfeld se fijaba en el suelo con inquietud creciente; había llegado el momento peligroso y parecía que el papel que desempeñaba ofrecía obstáculos insuperables.

—Yo no sé, dijo al fin, haciendo un esfuerzo, si sería prudente continuar esta conversación hoy, el día después de una noche penosa, y cuando aún estás debilitada por el insomnio. Temo agravar tu indisposición, y sin embargo, debo confesarte que cuanto más considero mi proyecto y la elección que quiero someter á tu juicio para que tú resuelvas en definitiva, más sensato y práctico me parece... Aunque conformándome con tu parecer, sentiría, no obstante, que tu oposición nos hiciera perder las ventajas, preciosas para nosotros, que reflexionando maduramente encuentro en esa elección.

—Esa oposición no es de temer, exclamó Elena, inclinándose hacia adelante; yo también he reflexionado, he sabido vencerme, y estoy resuelta á someterme á lo inevitable. Me obligo á juzgar tu elección fría é imparcialmente, en una palabra, como si no te amase.

Al decir esto, Elena se ruborizó, porque jamás se había expresado de aquel modo.

—¿Pues bien!, dijo Hollfeld, tembloroso, porque el momento decisivo había llegado, ¿qué te parece de la joven de Gnadeck?

—¿Isabel Ferber?, exclamó Elena en el colmo de la sorpresa.

—¡Oh! No, Isabel de Gnadewitz, repuso Hollfeld; y precisamente el cambio sobrevenido en el estado

de la familia es lo que me ha hecho fijar los ojos en ella. Te confieso que hasta aquí no había fijado la menor atención en esa joven; su misma insignificancia la recomendaba á nuestra elección; mas no habría sido esto, sin embargo, lo suficiente para inducirme á una alianza desigual. Reflexionando, me he dicho que su aire formal y la calma que su semblante revela eran buenas garantías para nuestro proyecto.

—¡Insignificante..., ella insignificante! ¡Oh, Emilio, qué ciego es preciso ser para no ver en esa encantadora niña nada más que su «aire formal y la calma que su semblante revela!»

—¡Sea!, contestó Hollfeld tranquilamente; pero sin duda tenía buenas razones para no observarlo. Tan sólo recuerdo que mientras tú te irritabas á veces contra las dificultades de una composición que las dos tocabais á cuatro manos, ella no perdía nunca la paciencia y volvía á comenzar el pasaje difícil hasta que lograbas tocarlo á tu satisfacción. Esto me agradó desde luego, disponiéndome para apreciarla por esa hermosa cualidad de la paciencia, tan necesaria á los que deben desempeñar aquí bajo papeles secundarios. También es evidente que ella te estima y te respeta, cosa esencial; y en fin, se ha criado en una posición precaria y hasta humilde... No tendrá, pues, pretensiones, y sus deseos quedarán colmados mucho más allá de sus esperanzas hasta con el limitado lugar que puedo ofrecerle entre nosotros. Creo que está dotada de buen sentido y educada muy sencillamente y que, por lo tanto...

Elena había vuelto á recostarse en el almohadón y se cubría el rostro con las manos.

—¡No, no!, exclamó incorporándose de pronto, como si hubiese tomado una resolución súbita é irrevocable... ¡No, esa encantadora niña, no! ¡Isabel merece ser amada!

En aquel momento se oyó el penetrante aullido de un perro, que hizo proferir á Elena un grito de espanto. Hollfeld, al levantarse, acababa de pisar la pata de su perra de caza, que le había seguido y estaba tendida á sus pies. Aquel incidente burlesco vino en su auxilio; las últimas palabras de Elena ofrecían un contraste tan chistoso con el sentimiento que animaba á Hollfeld, que estuvo á punto de soltar la carcajada. Abrió la puerta, hizo salir á Diana, y pudo volver junto á Elena después de haber dominado los movimientos de su fisonomía.

—¡Dios mío!, dijo con tono bondadoso, amaremos á esa niña, querida Elena... Tan sólo se trata de hacerle comprender que el primer lugar en mi corazón te pertenece, y ella lo entenderá así mejor que cualquiera otra. Tiene mucha sangre fría, como lo demostró anteayer, salvando á Rodolfo.

—¿Cómo es eso?, exclamó Elena, con los ojos muy abiertos por un asombro indescriptible.

El criado que, á pesar de la prohibición formal del Sr. de Walde, propaló la noticia del atentado de que aquél estuvo á punto de ser víctima, había querido,

por lo menos, atenuar los efectos de su indiscreción, afirmando que el asesino había apuntado mal, y que el Sr. de Walde se libró por esta torpeza. El mismo Hollfeld no sabía la verdad sino desde hacía una hora solamente, gracias á la confianza de uno de los jardineros. El proceder valeroso de Isabel había aumentado más aún la pasión que experimentaba, y estaba resuelto á no perdonar medio alguno para obtener su mano. Refirió á Elena todos estos incidentes, y concluyó diciendo:

— Ahora tienes una razón más para amar á esa joven, y todo me induce á creer que ninguna otra llenaría tan bien las condiciones que deseamos.

Hollfeld, que había quemado su último cartucho, contemplaba con aire de triunfo á su prima, que en silencio y derramando abundantes lágrimas, parecía sostener consigo misma una lucha decisiva.

¿Cómo era que los dos interlocutores no se habían preguntado ni una sola vez si Isabel consentiría en las combinaciones que debían regir su existencia? Si alguna lectora se dirige esta pregunta, fácilmente hallará la contestación en el simple hecho de que Elena estaba tan enamorada de su primo que no concebía que otra mujer pudiera dejar de amarle y aceptar su mano.

El silencio, que comenzaba á ser penoso, fué interrumpido al fin por la llegada de la baronesa, que volvía del paseo. Elena se levantó, enjugando precipitadamente sus lágrimas; pero con visible impaciencia soportó las manifestaciones de amistad prodigadas por la señora de Lessen, que no pudo obtener de ella más que contestaciones muy lacónicas.

— ¡Uf!, exclamó la baronesa, sacudiéndose la falda y dejando la manteleta en manos de su hijo, para acercarse después á un sofá; estoy sofocada de calor. ¡Qué camino tan horrible el de esa montaña! ¡Seguramente no volverán á verme por allí!

— ¿Has ido á la montaña?, preguntó Hollfeld con expresión de incredulidad.

— Sí por cierto; ya sabes que el médico me ha recomendado siempre dar paseos matinales.

— Sin duda; pero de eso hace muchos años, y desde entonces nos has dicho siempre que tus palpitaciones te impedían andar.

— Es preciso probarlo todo, hasta lo que es desagradable ó penoso, contestó la señora de Lessen algo confusa... Y como no he podido cerrar los ojos durante la noche última, me he decidido á intentar la prueba, andando un poco esta mañana; pero no la repetiré. Hay remedios peores que la enfermedad. Y además, he sufrido esta mañana una enojosa contrariedad. Figúrate, Elena, que he encontrado en el parque á Bella acompañada de su nueva institutriz... ¿Podrías tú creer nunca que esa mujer tenía la audacia de llevar á la niña á la izquierda?.. Por otra parte, esa señorita Gwerin tiene el aspecto más desagradable y más risible que puedas imaginarte; me he dejado dominar de la cólera y la institutriz ha llevado su merecido, yo te lo aseguro; pero ¿no es cosa que desespera no poder contar con un momento de reposo? ¡Cuando espero obtener al fin la calma que ansío, me veo otra vez acosada de toda especie de molestias y enojos que alteran mi salud y me hacen desgraciada!

La baronesa quiso apoyar su frente en la mano; pero echó de ver que su trenza postiza, oprimida y desalojada de su sitio por el sombrero, había tomado una dirección inverosímil, y pidió permiso para retirarse á su habitación algunos instantes á fin de reparar el desorden de su tocado.

— A propósito, dijo, reteniendo con ambas manos el sombrero, encargado á su vez de sostener la trenza rebelde, Reinhard nos ha engañado ayer con su cuento de hadas... He encontrado por casualidad al señor Ferber cerca de las ruinas... y le he felicitado...

— ¡Ah! Ahora comprendo tu paseo matinal, y el objeto que te proponías, dijo Hollfeld con tono irónico... ¿Y has hablado con ese hombre, madre mía?

— Ahora se puede hacer... Yo me interesaba principalmente por aquellas alhajas...

— ¿Deseabas comprarlas?, preguntó Hollfeld.

— Nada de eso, contestó la baronesa, dirigiéndole una mirada de cólera; pero siempre he tenido manía por las piedras preciosas, y si tu padre no hubiese muerto repentinamente, hoy poseería muy buenos diamantes, pues me los había prometido. Pero volviendo á ese hallazgo, Ferber me ha dicho de qué se componía, y contestando con mucha franqueza á mis preguntas, añadió que el valor total se elevaba tal vez á poco más de nueve mil escudos... ¡Y esto es lo que Reinhard llama un valor considerable!.. Pero espe-

radme aquí un solo instante, que en seguida vuelvo.

La sonrisa irónica con que Hollfeld había escuchado las quejas de su madre se desvaneció súbitamente de su rostro, en el cual se pintó una viva decepción.

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de la baronesa, Elena ofreció ambas manos á su primo.

— Emilio, le dijo vivamente, aunque con voz temblorosa y algo velada, si consigues ganar el corazón



Elena había vuelto á recostarse en el almohadón y se cubría el rostro con las manos

de Isabel, lo cual no dudo, queda convenido que yo me instalaré con vosotros en Odenberg.

— Estamos conformes, contestó Hollfeld algo forzadamente; pero será absolutamente preciso resignarte á no encontrar en mi casa el aparato y el lujo á que estás acostumbrada... Mis recursos son bastante modestos, y acabas de oír que Isabel no puede esperar dote alguno.

— ¡Puedes estar tranquilo! La joven no entrará pobre en tu casa, Emilio, te lo aseguro, contestó Elena. Desde el momento en que haya consentido en darte la mano de esposa, será mi hermana... De lo que poseo haré dos partes iguales, una para ella y otra para mí, hasta tanto que ambas sean tuyas. Le cederé, por lo pronto, la propiedad y las rentas de Neuborn, mi dominio de Silesia; y apenas regrese Rodolfo le hablaré de este asunto. Cuando yo muera, lo demás os pertenecerá. ¿Estás contento de mí?

— ¡Oh, Elena, eres un ángel!, exclamó Emilio, arrojándose á los pies de su prima. Y yo te prometo que no te arrepentirás de tu generosidad.

Y esta vez el Sr. de Hollfeld no mentía; sus transportes no eran fingidos, porque la propiedad de Silesia convertía á la pobre Isabel en una novia rica.



XVIII

Dos días habían transcurrido desde el momento en que Elena creyó haber alcanzado una victoria decisiva sobre sí misma. ¡Dos días tan sólo, pero llenos para ella de indecibles sufrimientos! Se repetía sin cesar que el término de su vida no estaba muy lejano..., y no obstante, espantábase pensar que fuesen tan pocos los días que le quedaban de existencia en este mundo. La promesa de vivir junto á los jóvenes casados le parecía cada vez más intolerable; mas no hubiera consentido en cambiar la resolución que le había valido la admiración y los elogios de su primo. Quería ser digna del amor de éste y merecer su estimación por medio del más terrible sacrificio.

Su frágil existencia vacilaba en la lucha que sostenía contra tantos sentimientos contradictorios; la fiebre no la abandonaba, por decirlo así, y una inquietud invencible la minaba rápidamente; pero sufría en silencio, porque Hollfeld así lo quería. Éste se había opuesto á que enviase á buscar inmediatamente á Isabel, suponiendo, no sin razón tal vez, que podría resultar de la entrevista un conflicto desfavorable para la realización de sus esperanzas. Por su parte había hecho ya algunas tentativas para ver á la joven: dos veces se presentó en el castillo para ofrecer sus respetos á la familia de Gnadewitz; pero por más que tiró de la campanilla no consiguió que le abriesen la puerta, viéndose obligado á retirarse, como vulgarmente se dice, con el rabo entre las piernas. La primera vez toda la familia estaba en realidad ausente; pero la segunda, Isabel le había visto venir cuando sus padres estaban con Ernesto en la casa forestal, y la señorita Mertens aprobó la resolución adoptada por la joven de no recibir al desagradable visitante. En su consecuencia, las dos permanecieron tranquilas en su cuarto, mientras la campanilla se agitaba con violencia.

No eran todavía las siete de la mañana, y Elena, envuelta en un peñador, se había recostado en su butaca. No había podido disfrutar de un momento de reposo durante toda la noche. La baronesa dormía aún, y como la señorita de Walde no podía ni quería permanecer sola de ningún modo, una de sus doncellas había tomado una labor de costura y hallábase junto á ella, sin que Elena fijase la menor atención en su charla. La doncella se calló muy pronto para escuchar... En efecto, oíase á lo lejos el rumor producido por las ruedas de un carruaje que se desviaba del camino para penetrar en las avenidas del parque, hundiéndose en la espesa arena que las cubría. Elena se apoyó de codos en la ventana; era el coche de su hermano, y estaba vacío.

— ¿Dónde está tu amo?, preguntó Elena al cochero cuando estuvo cerca del castillo.

— El señor se apeó en el camino, contestó el antiguo cochero descubriéndose, y vuelve á pie desde la montaña, pasando por delante de Gnadeck.

Elena se retiró de la ventana estremeciéndose; la palabra Gnadeck había producido en ella el efecto de un choque eléctrico... ¡Ay, el momento se acercaba!.. ¡Su destino iba á tener el desenlace que temía!

Se levantó, y apoyada en el brazo de la doncella, bajó á la habitación de su hermano, donde dió las órdenes necesarias para que le sirviesen el almuerzo en el salón que se comunicaba con el pórtico por una puerta vidriera; después fué á sentarse en un sillón para esperar al Sr. de Walde. Cogió uno de los álbums ricamente encuadrados que estaban esparcidos en la mesa, y le hojeó maquinalmente.

Al cabo de media hora de espera apareció en el umbral de la puerta la alta figura del Sr. de Walde; Elena abandonó el libro y ofreció ambas manos á su hermano. El Sr. de Walde se mostró sorprendido, y le eterneció al parecer aquella acogida; adelantóse rápidamente, y luego se detuvo de pronto al ver más de cerca aquel semblante de expresión tan desolada.

— ¿Has estado enferma, Elena?, preguntó, sentándose á su lado.

Y pasando su brazo por detrás de ella, la levantó suavemente con la mayor ternura á fin de examinarla mejor. Había en su tono y su mirada tan viva solicitud, que la pobre joven atormentada experimentó una especie de bienestar moral, cuya dulzura no esperaba volver á conocer. Dos lágrimas cayeron de sus ojos, y oprimió el rostro contra el hombro de su hermano.

— ¿No ha venido Fels desde mi marcha?, preguntó el Sr. de Walde, asombrado del cambio que notaba en su hermana.

— No; y he prohibido terminantemente que fueran á buscarle para mí; sigo el régimen que me aconsejó,

y tomo con regularidad los remedios prescritos. Ni él ni yo podemos hacer nada más, y no debes atormentarte por mí, Rodolfo, porque ya me pondré buena. ¿Has debido pasar horas tristes desde que nos dejaste?

— Sí, contestó el Sr. de Walde, sin poder apartar su mirada de aquel rostro tan profundamente alterado. El pobre Hartigny había muerto ya; una hemorragia puso término á los padecimientos que sufría, y ayer mismo se verificó su entierro. No reconocerías á su viuda, mi pobre Elena; una sola noche ha bastado para convertir aquella mujer alegre y bella en una vieja encorvada por el dolor.

El Sr. de Walde dió otros detalles sobre aquel desgraciado suceso; después se pasó la mano por los ojos como para desechar la visión de las horas penosas que acababa de pasar, y cambiando de tono añadió:

— ¿Se halla todo como de costumbre? ¿Encontraré cada cosa en el mismo lugar?

— No del todo, contestó Elena, estremeciéndose... Mohring ha dejado ya nuestra casa.

— ¡Ah!.. Le deseo buen viaje; y puedo contar con un enemigo más en el universo... Difícil era que pudiéramos congeniar, porque me repugnaba su carácter falso.

— Y allá arriba, en la montaña, prosiguió Elena, temblando, la felicidad ha entrado en casa de los Ferber.

El sitio que la señorita de Walde ocupaba recibió una especie de choque violento por el lado en que se apoyaba el brazo de su hermano; pero como Elena no levantaba los ojos, no vió la palidez lívida que cubrió súbitamente el rostro de aquél, ni el temblor de sus labios, que debieron hacer un esfuerzo para pronunciar con indiferencia esta única palabra:

— ¿De veras?

Entonces Elena le refirió lo del descubrimiento debido al derribo del mirador, y su hermano la escuchó atentamente. No sabía que cada una de las palabras de aquel relato era un puñal que penetraba en el corazón de Elena, porque representaban á sus ojos el prefacio de la penosa comunicación que deseaba hacerle.

— Es una extraña solución, dada por la casualidad á un enigma del pasado, dijo el Sr. de Walde cuando su hermana hubo terminado su narración... Dudo, sin embargo, que esa familia considere como una dicha el pertenecer á la familia de los Gnadewitz.

— ¡Ah!, repuso vivamente Elena, ¿recuerdas tú la opinión expresada por esa joven respecto á la nobleza y sus privilegios?.. Por más que haga, no puedo menos de recordar en esta ocasión la fábula de la zorra y las uvas.

Elena pronunció estas palabras con singular acritud; su propio pesar hacía la maligna, é instintivamente trataba de rebajar el carácter de la joven que resultaba ser su rival involuntaria.

Las facciones del Sr. de Walde expresaron el mayor asombro; inclinóse y miró atentamente el rostro de su hermana, como para convencerse de que aquellas palabras malévolas habían sido pronunciadas realmente por ella.

En aquel momento, Diana, la perra de caza del Sr. de Hollfeld, se presentó en el pórtico, dió algunas vueltas por el salón, y después desapareció al punto, llamada por un silbido que partía del parque. Su amo no tardó en atravesar uno de los prados; parecía ignorar que el Sr. de Walde hubiese regresado; andaba rápidamente y tomó una avenida que conducía á Gnadeck. Elena le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido, y después se dejó caer sobre su sillón con las manos crispadas y casi sin fuerzas. El Sr. de Walde echó un poco de vino de Burdeos en su vaso y la obligó á tomarle. Elena, mirándole con expresión de agradecimiento, procuraba sonreír.

— Aún no he terminado mi informe, dijo, incorporándose un poco; hago como los novelistas, que reservan sus principales efectos para el fin del libro.

Y fijando sus miradas en el bosquecillo añadió:

— Se prepara un acontecimiento feliz para nuestra casa: Emilio contrae matrimonio.

Elena esperaba una exclamación de sorpresa, ó por lo menos preguntas; mas el silencio no se interrumpió, y después de esperar un momento, se volvió hacia el Sr. de Walde; éste apoyaba la frente en su mano, mas al notar el movimiento de Elena levantóse con el rostro pálido y se dirigió á una ventana.

— ¿Estás indispuerto, Rodolfo?, preguntó Elena con inquietud.

— Es un ligero vértigo ocasionado por la fatiga de tantos días penosos, contestó tranquilamente.

Y volvió á sentarse otra vez junto á su hermana.

— Te he dicho que Emilio quiere casarse, repuso Elena, recalando en cada palabra.

— Ya lo he oído, contestó maquinalmente el señor de Walde.

— ¿Apruebas este proyecto?

— No me atañe en nada; Hollfeld es dueño de su persona, y puede adoptar la resolución que más le convenga.

— Creo que ya tiene hecha su elección... Si me fuera permitido, te diría el nombre de la joven.

— No es necesario; ya la conoceré después.

— ¡Rodolfo, te ruego que no te muestres tan seco



Y volvió á sentarse otra vez junto á su hermana

y desdeñoso! Ya sé que no te agradan los discursos largos, y estoy acostumbrada á tus contestaciones laconicas; pero en esta ocasión me contrista que seas tan rudo, pues precisamente debo pedirte un favor.

— Habla. ¿Debo aceptar la misión de servir de padre á nuestro primo para conducirlo hasta los pies del altar?

El desdén que se traslucía en el tono con que pronunció estas palabras hizo estremecer á Elena.

— Eres hostil al pobre Emilio, replicó, y por esa prevención te muestras algunas veces injusto. Yo te ruego encarecidamente, querido Rodolfo, que me escuches con calma; es preciso que te hable hoy mismo de este asunto.

El Sr. de Walde apoyó los brazos cruzados en la ventana y repuso:

— Puedes hablar; ya te escucho.

— La joven que Emilio ha elegido es pobre.

— ¡Cosa extraña! Continúa.

— Las rentas de Emilio son muy insuficientes.

— ¡Pobre hombre! Apenas tiene seis mil thalers de renta; su triste suerte es digna de compasión.

Elena conocía la escrupulosa veracidad de su hermano, y no pudo dudar de la exactitud de aquella evaluación, que le produjo alguna sorpresa.

— En fin, repuso, aunque fuese más rico de lo que yo creía, esto no cambia en nada el aspecto de la cuestión... Yo quiero mucho..., mucho, á la persona que ha elegido, pues ha obrado en una ocasión que yo sé de tal modo que mi ternura fraternal le debe un agradecimiento eterno.

El Sr. de Walde permaneció impasible.

— Es para mí una hermana, continuó Elena; no quiero que entre pobre en la casa de Emilio, y deseo vivamente asegurarle la propiedad de Neuborn... ¿Puedo hacerlo?

— Neuborn te pertenece; eres mayor de edad, y de consiguiente no es necesario pedirme permiso para obrar á tu antojo.

— Dispénsame, Rodolfo..., podrías tener alguna objeción que oponerme si reflexionases un poco..., si, en fin, te hubieras considerado como mi heredero... ¿Conque me otorgas tu consentimiento?

— En un todo, si crees que este consentimiento es necesario.

— ¡Gracias, mil veces gracias!, exclamó Elena, ofreciendo la mano á su hermano; mas éste aparentó no ver el movimiento, aunque tenía la mirada fija en ella... ¿No apruebas mi resolución?, añadió después de esperar un momento.

— Yo apruebo siempre tus resoluciones, cuando

deseas contribuir á la felicidad de aquellos menos favorecidos que nosotros por la fortuna; y debes recordar que siempre te ayudé en semejantes circunstancias, pero debo advertirte que en el caso de que se trata te podrían acusar de un poco de precipitación... Te urge mucho labrar la desgracia de la joven por quien te interesas.

— Esas frases son duras y amargas, dijo Elena temblando de cólera. Tú eres libre de tener contra Emilio un resentimiento, cuya causa nadie conoce; pero no de atacarle, acusándole tan ligeramente como lo haces..., sin conocer á quien ultrajas.

— ¡Le conozco bien..., demasiado bien! Más de lo que tú crees, mejor que tú misma, y pensaba que mi carácter debía preservarme, cuando menos de parte tuya, de que me acusases de ligereza. ¡Ese hombre es un bellaco sin honor, sin vergüenza, falto de todo sentimiento de dignidad; y desgraciada la mujer que le acepte por compañero de su vida! ¡Pobre de ella el día en que llegue á conocer bien la bajeza de esa alma, la inferioridad de esa inteligencia, la cobardía de ese carácter!

— ¡Oh, Dios mío, qué injusticia!, exclamó Elena, herida en el corazón. ¡Rodolfo, Rodolfo, no te reconoces! ¿Qué te ha hecho Emilio para que le injuries de ese modo?

— ¿Es preciso estar uno mismo atacado del mal, ó beneficiarse personalmente del bien para apreciar una cosa ú otra? ¿Dejará el ladrón de ser tal á mis ojos aunque no me haya robado? ¡Niña! Tú eres quien recibe el mayor daño; pero estás obcecada, voluntariamente obcecada... Tiempo vendrá en que, herida sin remedio, reconocerás la verdad que en este momento te indico y que rechazas con enojo, y aunque yo intentara entonces apartar de ti ese cáliz de amargura no lo conseguiría. Tú te consideras ahora como víctima; tú ves en mí un verdugo; y me obligas, con gran dolor mío, á dejarte proseguir sola y sin consejo por esa vía, á perseverar en ella hasta el momento en que, herida en tu fe y en tus afectos, te refugiarás sobre mi corazón para buscar un poco de consuelo... Esto te será

siempre posible, este refugio no te ha de faltar..., pero ¿qué le quedará á la que se halle unida para siempre con ese hombre?

El Sr. de Walde pasó á la habitación contigua, y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Elena, loca de dolor, apoyándose en las paredes y en los muebles, se apresuró á salir del salón del piso bajo.

Indecible amargura llenaba su corazón, y sentía una especie de aversión hacia su hermano; él, que le había manifestado siempre una ternura casi maternal, que había sabido dispensar sus menores sensibilidades, venía de pronto á romper el silencio que se impusiera, lanzando contra aquél á quien ella amaba tan tiernamente acusaciones agobiadoras, puesto que emanaban de un carácter íntegro, equitativo, de una inteligencia que se tachaba de fría, pero que juzgaba bien. ¡Acusar de falsedad, de egoísmo, al que acababa de darle tan palpable prueba de su abnegación! Durante un momento, hasta la pareció haber tomado parte en un acto censurable tan sólo por el hecho de haber escuchado aquellas odiosas acusaciones. En adelante, el sacrificio le sería más fácil, porque vería una especie de expiación del daño causado por su hermano á aquel primo tan injustamente aborrecido, daño que se debía resarcir, aunque hubiese de quedar ignorado del que le sufrió. Pero Emilio no podía permanecer ya bajo el techo del pariente que le calumniaba; se lo haría comprender así, invitándole á no volver á Odenberg, y le estimularía al propio tiempo á persistir en la realización de sus proyectos respecto á Isabel.

Se dirigió al comedor, y cuando Hollfeld vino á reunirse con ella, acogióle con la más dulce sonrisa, anunciándole que su hermano, sin conocer siquiera el nombre de la persona en quien la elección de ambos había recaído, acababa de dar su consentimiento respecto á la distribución de fortuna que pensaba realizar y al donativo que se proponía hacer á su futura prima. Solicitó ver á Isabel aquel mismo día, y el señor de Hollfeld, muy satisfecho de la prisa que se daba para terminar aquel asunto, se puso de acuerdo con ella sobre el particular. Elena indicó el pabellón del jardín para su entrevista con Isabel y señaló para celebrarla las cuatro de aquella tarde: Hollfeld salió inmediatamente á fin de dar á uno de los criados del castillo, en nombre de la señorita de Walde, las órdenes necesarias. ¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de la joven si hubiese oído á su primo decirle al criado que la señorita citaba á Isabel para las tres en punto, una hora antes de la que ella había señalado!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

AL POLO NORTE EN GLOBO

EXPEDICIÓN ANDRÉE

Dos meses hace que la expedición Andrée partió en globo con rumbo al Norte y todavía no se ha recibido de ella noticia alguna. Teniendo en cuenta el

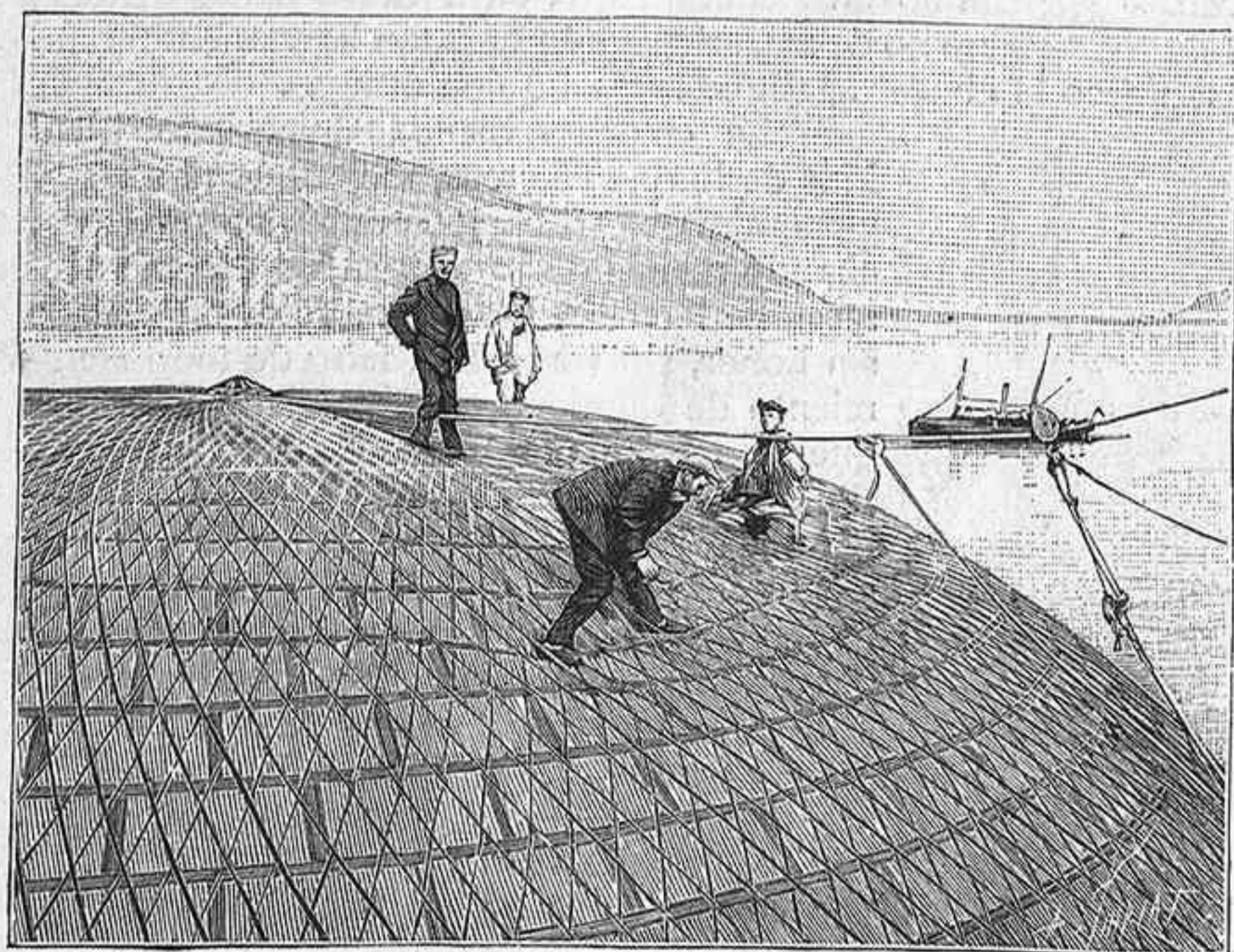


Fig. 1. - Reconocimiento del globo durante el henchimiento (de fotografía de M. Machuron)

tiempo transcurrido y considerando que los aeronautas llevaban consigo palomas mensajeras, los espíritus pesimistas empiezan á inquietarse. Muchos creían, como si se tratara de una excursión por el continente, que al cabo de algunos días se recibiría un despacho alado, y aún no habían transcurrido veinticuatro horas desde que el globo se elevara cuando ya se anunciaba el regreso de una paloma mensajera que luego resultó procedente de Noruega. Algunos días después, la tripulación de un ballenero regresaba á puerto diciendo que había encontrado en alta mar un objeto flotante parecido á los restos de un globo. ¡Y quién sabe cuántas cosas más se irán diciendo! Y sin embargo, conviene reflexionar un poco antes de anunciar rotundamente que no volveremos á ver á ninguno de los miembros de la expedición al polo Norte.

Las palomas mensajeras no han llegado; pero ¿se sabe acaso si las soltaron? Y aun cuando hayan sido soltadas, nada demuestra que las tales palomas puedan orientarse en medio de las nieblas y de los hielos de las regiones polares. A las palomas soltadas en alta mar á algunos centenares de kilómetros de las costas, cuéstaes muchísimo orientarse y á menudo se pierden, como sucedió en la suelta verificada en el Atlántico en 1895.

De aquí que sólo hipótesis pueden hacerse sobre el viaje del globo Andrée. Elevóse éste con fuerte viento favorable, viento Suroeste, y en tal dirección debió mantenerse durante algún tiempo la corriente. Si, por desgracia, saltó el viento en plena noche, los aeronautas lo habrían advertido oportunamente, antes de ser lanzados hacia el mar, y habrían tomado tierra en el banco de hielo; si, por el contrario, la corriente se mantuvo, los viajeros no tuvieron que detenerse y debieron pasar en menos de dos ó tres

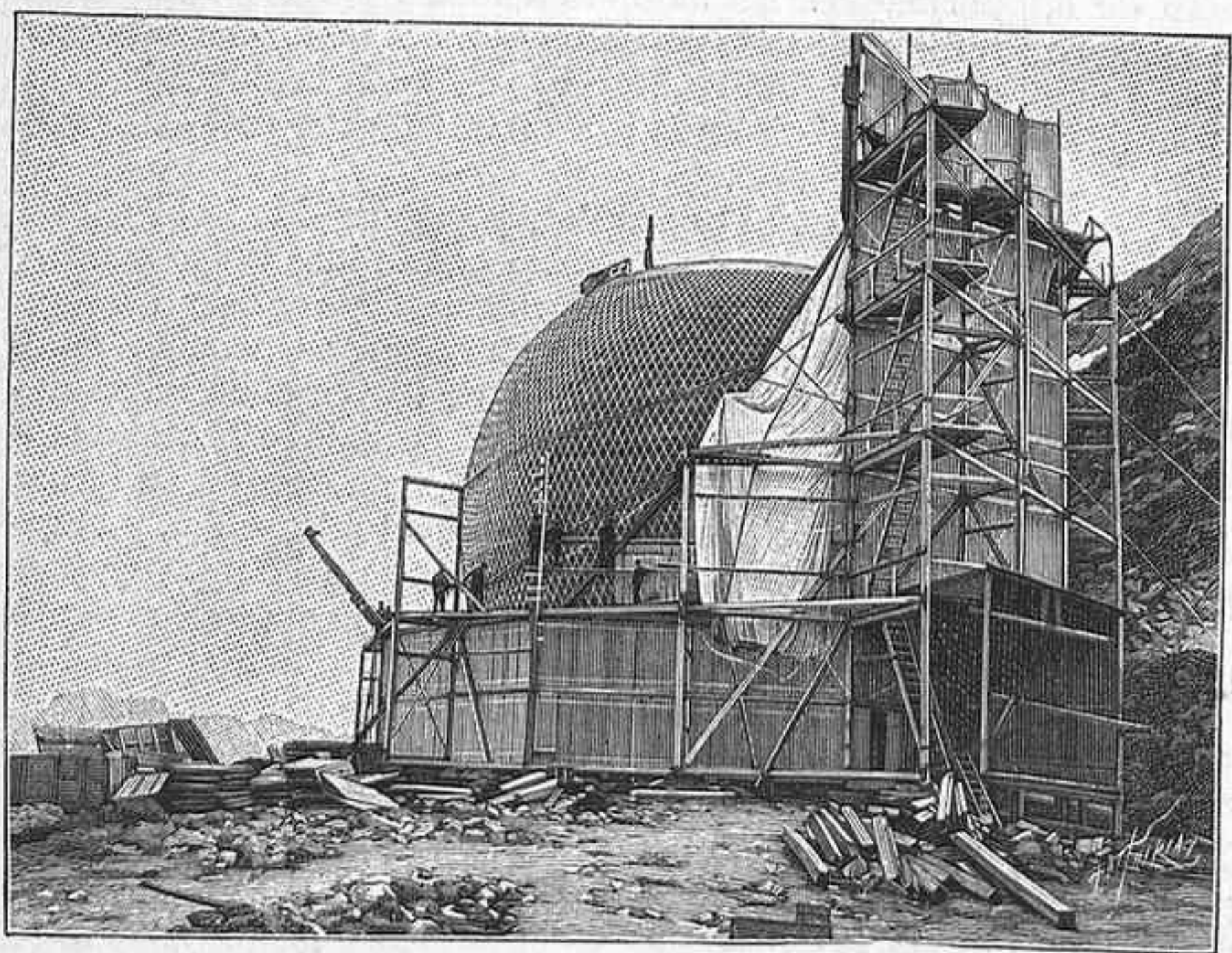


Fig. 2. - Restos del cobertizo antes de la salida del globo (de fotografía de M. Machuron)

días por las inmediaciones del polo, después de lo cual el aerostato continuaría su ruta hacia el Nordeste, hasta que los aeronautas consideraran oportuno hacer alto. El viaje de ida se explica así perfectamente; en cuanto al de vuelta, ya resulta más problemático. ¿Habrá aprovechado el globo alguna corriente favorable?, ó por el contrario, ¿habrán resuelto los aeronautas explorar las regiones vistas desde la barquilla?, ¿habrán visto obligados á desembarcar en

los hielos de las costas siberianas? Los expedicionarios llevaban consigo todo lo necesario para una larga invernada, y por consiguiente cabe suponer que transcurran muchos meses sin que M. Andrée pueda tranquilizarnos respecto de su suerte y de la de sus compañeros. Tal vez hayamos de esperar un año á tener noticias suyas: el invierno llega muy pronto en las regiones árticas, como se ha visto en la expedición Nansen, y hasta fines de mayo no puede pensarse en abandonar aquellos helados lugares. Antes de que los expedicionarios regresen á regiones menos inhospitalarias, pueden pasar, pues, muchos meses, y por consiguiente la curiosidad pública habrá de esperar quizás hasta 1898, á menos de que surja algún accidente imprevisto, para saber qué ha sido del globo de Andrée y de la expedición sueca.

M. Andrée ha cumplido su palabra, abandonando la tierra firme casi el mismo día que había señalado, cuando tantos fueron los que dijeron que no partiría, sin tener en cuenta que si no se elevó en 1896 fué porque soplaron siempre vientos contrarios. Cuando llegó la primavera del presente año, los detractores de la expedición comprendieron que la resolución del explorador era firme é irrevocable, puesto que vieron que se hacían los necesarios preparativos.

Creemos que es interesante para la historia de la ciencia relatar, siquiera brevemente, los detalles característicos de los preparativos de esta arriesgada pero memorable expedición.

El día 28 de mayo un buque sueco, el *Svensksund*, salió de Gothenburgo llevando á bordo el personal expedicionario y el material y seguido del *Virgo* que conducía los ácidos y los metales para la producción del hidrógeno. Los viajeros desembarcaron en Danskeen, pequeña isla de la costa Noroeste del Spitzberg, y pudieron ver que la instalación y el cobertizo de 1896 habían sufrido poco: el día 14 de junio desdoblaron el globo, y el henchimiento de éste comenzó el día 19: el 22, á media noche, el aerostato alzabase dentro de la construcción que le servía de abrigo.

El globo, construido en París por M. Lachambre, tiene 20'60 metros de diámetro y su capacidad en 1896 era de 4.600 metros cúbicos: después de la primera prueba del año pasado, fué devuelto á París para introducir en él algunas modificaciones, habiéndose cortado la cubierta por el ecuador á fin de añadirle dos zonas de una altura total de 95 centímetros, con lo cual aumentóse el volumen del aerostato en unos 500 metros cúbicos. De suerte que este año la capacidad del globo era de 5.100 metros cúbicos.

Una vez henchido el aerostato, sometióse á minuciosa observación durante algún tiempo y se probó su impermeabilidad colocando sobre las costuras tiras de tela impregnada de acetato de plomo, que se ennegrece al contacto del hidrógeno sulfurado. Diez personas trabajaron así encaramadas en la parte superior del globo, procurando mantenerse en equilibrio en las mallas de la red. En estas pruebas se descubrieron algunas pequeñas hendiduras que se cerraron inmediatamente. Durante cinco días, el globo dejó escapar 126 metros cúbicos de gas, ó sea una pérdida de unos 25 metros por cada 24 horas. Este resultado puede considerarse como bastante satisfactorio.

Entonces se preparó la barquilla, de dos metros de altura, completamente cerrada, de dos pisos, con dos ventanas laterales y envuelta en gruesa tela

de vela. En el piso inferior, un colchón de muelles cubierto con un saco de piel de reno sirve de cama. Las paredes están llenas de estantes para libros, mapas, instrumentos, armas, municiones, objetos de tocador y batería de cocina. Para guisar lleváronse los expedicionarios un brasero de alcohol encerrado en un cilindro que una especie de cincha mantiene á 10 metros debajo del orificio practicado en el suelo de la barquilla: un mecanismo movido por una cuerdecita permite encender á distancia el fósforo destinado á prender fuego á la lámpara, que se apaga cuando se quiere soplando en un tubo de caucho que corre á lo largo de la cincha. Una pequeña marmita puesta sobre el brasero hace hervir el agua en pocos minutos. En el primer piso están de guardia dos aeronautas, mientras duerme el tercero. A un metro de la barquilla, una suspensión á la Cardan sujeta los instrumentos, brújulas, sextantes, teodolitos, barómetros, termómetros, higrómetros, anemómetros, los aparatos fotográficos, etc., y además, en un gran saco, las provisiones, jamones, salchichones, lenguas, latas de conservas, una porción de boyas en forma de peonzas de 50 centímetros de alto, especie de buzones de cartas, para ser arrojadas en cualquier parte con la esperanza de que, si la expedición tenía un término desgraciado, esas boyas acabarían por llegar al mar y darían noticias de los exploradores, y finalmente una jaula con cuatro palomas mensajeras.

El día 1.º de julio todo estaba dispuesto para la partida y sólo se esperaba el viento favorable, que no sopló hasta el día 11. El momento decisivo había llegado.

He aquí en qué términos describe la escena M. Alejo Machuron, sobrino y representante de M. Lachambre, que presencié la partida de Andrée y de sus compañeros.

«A las once, todo el mundo está trabajando; los carpinteros, ayudados por los marinos, derriban con sorprendente rapidez la parte Norte del cobertizo,

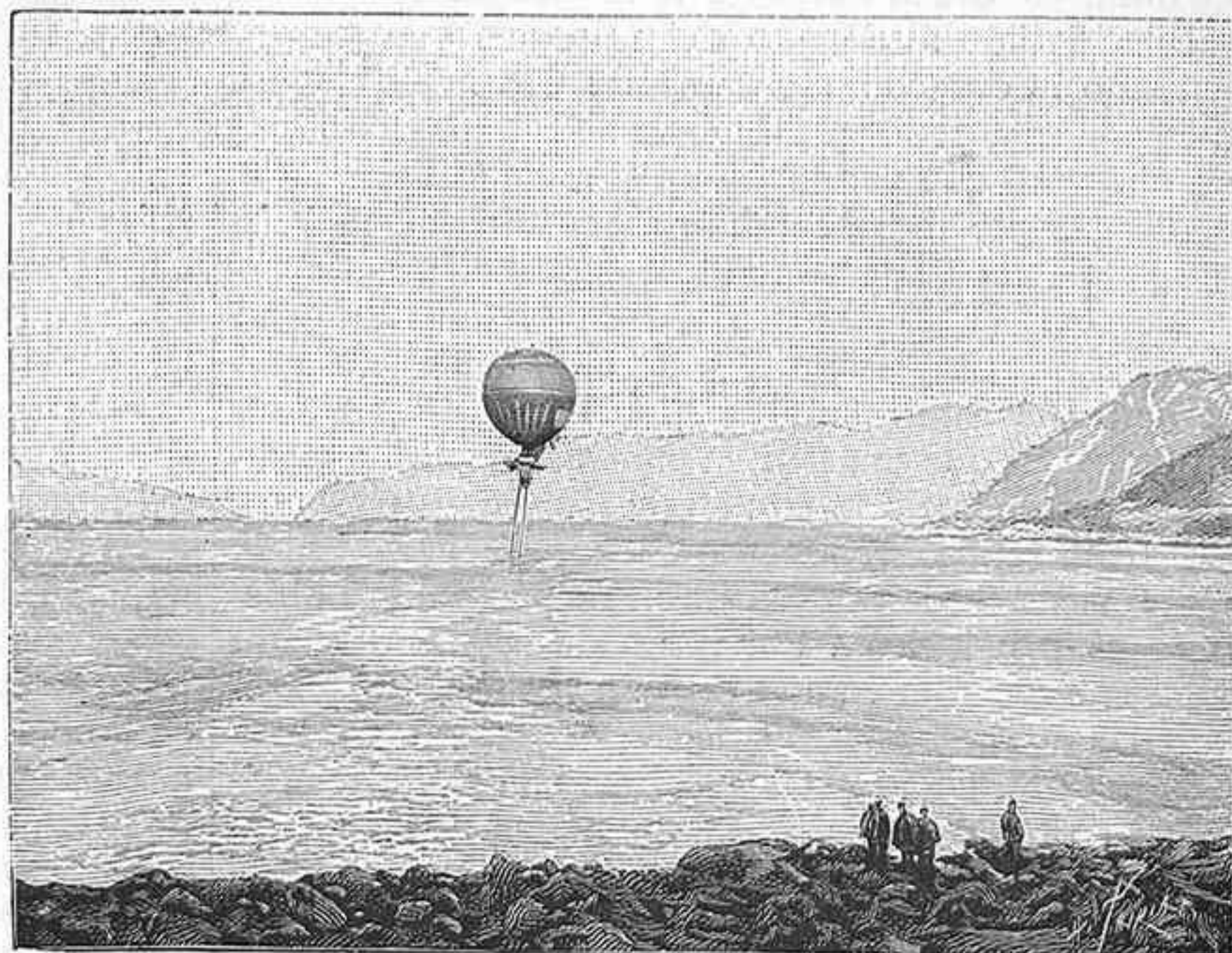


Fig. 3. - Partida del globo (de fotografía de M. Machuron)

mientras otros cierran la parte Sur á la mayor altura posible con la ayuda de telas para protegerse contra la acción del viento, cuya fuerza va aumentando.

»La mayor dificultad estriba en hacer salir el globo sin que la tela sufra averías al rozar con las maderas del cobertizo; para esto se han cubierto con una gruesa capa de fieltro todas las partes salientes del cobertizo, con lo cual queda evitado todo peligro.

»A fin de impedir que el aerostato se mueva durante las últimas maniobras, se le ha rodeado á la altura del ecuador de anchas cinchas fijadas en las partes del cobertizo que aún están en pie.

»Los preparativos van de prisa; á las dos se coloca la barquilla en su sitio y se la ata al círculo que está sólidamente amarrado en tierra por medio de tres cables. Todo está á punto y bien dispuesto. Los exploradores se despiden de nosotros; crúzanse pocas, pero conmovedoras palabras, y muchos apretones de manos que hablan más directamente al corazón; después Andrée, entrando en la barquilla, grita desde el puente: «¡Strindberg, Frankel, vamos!» y en seguida sus dos compañeros ocupan sus sitios á su lado.»

Llegado el momento oportuno y á una orden de Andrée, tres marineros cortaron los cables que sujetan el aerostato, y éste se lanzó al espacio desapareciendo en el horizonte al cabo de una hora, llevando consigo al jefe de la expedición, al ingeniero M. Frankel y á M. Strindberg, joven de 25 años, á quienes no han podido detener los consejos y las advertencias de cuantos temen que sus nombres vengán á aumentar la larga lista de los mártires de la ciencia.

Desechemos, empero, estas ideas sombrías, y terminemos haciendo votos para que los tres intrépidos exploradores realicen felizmente su atrevida empresa y puedan, sanos y salvos, recibir los aplausos del mundo civilizado.

E. DE PARVILLE

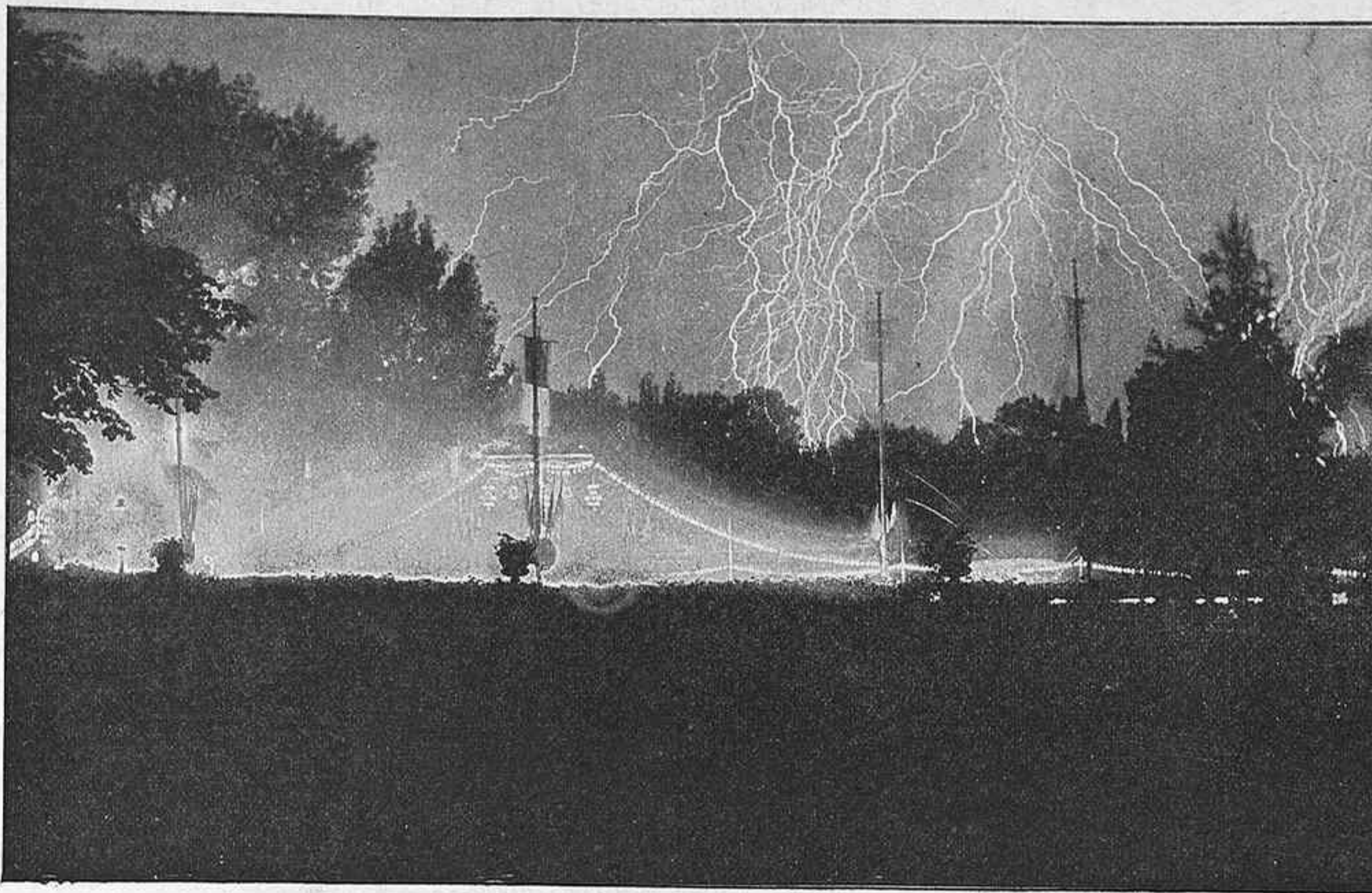
* *

FOTOGRAFÍA

DE

ILUMINACIONES Y RELÁMPAGOS

La interesante fotografía que adjunta publicamos fué tomada por M. A. P. De-seilligny en Enghien-les-Bains, cerca de París, á las 10 de la noche. Después de media hora de postura para obtener las iluminaciones, el operador iba á retirar el aparato cuando observó que se preparaba una tempestad, y deseoso de sacar fotografías de relámpagos,



Reproducción fotográfica de iluminaciones y relámpagos observados en Enghien-les-Bains, cerca de París

cerró el obturador esperando á que aquella estallara en toda su violencia. En el momento necesario abrió de nuevo el obturador y lo tuvo abierto un minuto, durante el cual se produjeron cinco relámpagos. Al desarrollar el clisé, quedó admirado de la red luminosa que había obtenido. A consecuencia del exceso de postura, puesto que ya estaban hechas cuando el operador quiso obtener los relámpagos, las iluminaciones presentan algunos halos desagradables á la vista.

Gracias á la circunstancia de haber uno de los relámpagos, el que aparece entre los dos gallardetes de la derecha, prendido fuego á las esteras del invernadero de un amigo del operador, pudo éste apreciar la distancia entre el relámpago y el objetivo, que resultó ser de 567 metros.

(De La Nature)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.



CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, 114 PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROSE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

P. MÈRE DE CHANTILLI
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agríones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estenden á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ie}, 109, R. Richelieu, Paris.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exijase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Alope y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ie}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Gélis & Conté
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléase el PILLOLE DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

POESÍAS, por *Ismael Enrique Arciniegas*. — En la imposibilidad de analizar como se merecen las inspiradas composiciones que contiene esta obra, diremos con el prologuista de la misma que el joven y notabilísimo poeta colombiano Sr. Arciniegas es de los que nos conmueven, elevan y fortifican, interpretando noblemente nuestros sentimientos é idealizando los fenómenos del mundo exterior. El libro ha sido elegantemente impreso en Caracas en la tipografía de *El Cojo*.

GACETA METEOROLÓGICA. — Con este título ha empezado á publicarse en Valladolid una interesante revista quincenal de meteorología, hidrografía, orografía, geología y agricultura, dirigida por Escolástico y dedicada principalmente á la predicción del tiempo.

LA ILUSTRACIÓN GUATEMALTECA. — Los últimos números de esta revista quincenal contienen notables artículos de Castelar, Batres, Echegaray, Tejada (F. S.), González Serrano, A. Macías del Real y Vargas Vila, inspiradas poesías de Carlos Meany, F. González Campo y E. de la Barra, y bonitos grabados.

PANORAMA NACIONAL. — Los dos últimos cuadernos de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, contienen interesantes vistas de monumentos de Zaragoza, Bilbao, Cuenca, Ubeda, Valencia, Guernica, Burgos, Barcelona, Baeza, Cervatos, Sevilla, Avila, Jaén y Soria, dos grandes panoramas de la Habana y Cuenca, el famoso cuadro de Juan de Juanes, titulado *El Salvador*, que se conserva en el Museo de Madrid, un grupo de gitanos del Sacro Monte (Granada), una banda de trompetas de artillería, almacenes y secaderas de café en Puerto Rico, el salón central del Museo de Artillería de Madrid y vistas de Utuado (Puerto Rico), de Panticosa, de Cieza y de Cádiz. Véndese cada cuaderno al precio de 70 céntimos.



Galería Nacional de Arte Británico recientemente inaugurada en Londres y regalada al Estado por Sir Enrique Tate (de fotografía de Bolas)

LA AVICULTURA PRÁCTICA. — El último número de esta notable revista, que conmemora su primer aniversario, contiene, entre otros, interesantes artículos sobre la incubación artificial, la orientación en las palomas mensajeras y nuevo tratamiento de la difteria ó angina crupal en las aves.

EL SOCIALISMO Y LA CARIDAD CRISTIANA, por *José M.ª González de Echávarri*. — En este trabajo, premiado en los juegos florales celebrados en Vitoria y aprobado por la autoridad eclesiástica, su autor, distinguido abogado vitoriano, después de estudiar concienzudamente el problema social y de analizar las principales escuelas que de él se han ocupado, señala como medio más eficaz para resolverlo la caridad cristiana, apoyándose en las sabias doctrinas de Su Santidad León XIII. El folleto ha sido impreso en Logroño en el establecimiento tipográfico de *La Rioja*.

CUERNOS HISTÓRICOS, por *Ismael Portal*. — Aficionado inteligente, rebuscador paciente y escritor elegante y castizo, el Sr. Portal ha reunido en un tomo una serie de artículos histórico-taurinos relacionados con el arte del torero en el Perú. Son crónicas curiosísimas escritas con mucho ingenio y en un estilo que recuerda el del ilustre autor de *Tradiciones Peruanas*. El libro ha sido impreso en Lima en la imprenta de Gil.

ASISTENCIA PÚBLICA DE LOS ENAJENADOS, por el Dr. *D. Manuel A. Muñiz*. — Notabilísimo bajo todos conceptos es este trabajo que fué premiado en el concurso abierto por el ministerio de Fomento del Perú y que por cuenta de éste acaba de publicarse. En la memoria se tratan con gran extensión y extraordinaria competencia todos los problemas que con los manicomios y la asistencia de los enajenados se relacionan y en los planos se desarrolla por modo admirable el pensamiento del autor, pudiendo decirse que el proyecto satisface todas las exigencias de la ciencia moderna en tan importante asunto. Por ello merecen ser felicitados el profesor de la facultad de Medicina de Lima Sr. Muñiz, distinguido especialista, y el gobierno peruano.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
A. B. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES & Co. B-St-Denis, 36

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — **CARNE - QUINA**
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — **CARNE-QUINA-HIERRO**
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APOL de los JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Cólicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita: 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^a Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.
HIERRO QUEVENNE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN